

Don 3558 Bernoulli

LA HISPANO-CUBANA,

Establecimiento literario comercial,
de los señores Gullon, Lujan y Franco.

EL TEATRO.

—
COLECCION

DE OBRAS DRAMATICAS ESCOGIDAS,

POR

LOS MEJORES AUTORES.



MADRID.

—
Imprenta de la Viuda de D. R. J. Dominguez,
calle de Hortaleza núm. 67.

1850.

OBRAS PUBLICADAS.



- PARA LA CREACION DEL MUNDO Y EL DILUVIO UNIVERSAL, del señor **D. José Zorrilla**, en 3 actos precedido de un prólogo en verso
 ¡ES UN ÁNGEL!, del señor **Suarez Bravo**, 3 id. en id.
 TRABAJAR POR CUENTA AGENA, del señor **Cazarro**, 3 id. en id.
 LA GLORIA DEL ARTE, de los señores **Asquerino**, 3 id. en id.
 JUAN SIN TIERRA, del señor **Díaz**, 4 id. en id.
 D. SANCHO EL BRAVO, del señor **D. Eusebio Asquerino**, 3 id. en id.
 PARA HERIDAS LAS DE HONOR Ó EL DESAGRAVIO DEL CID, del señor **Galvez Amandi**, 3 id. en id.
 MI MAMÁ, del señor **Serra**, 1 id. en id.
 EL 5 DE AGOSTO, del señor **Tamayo**, 4 id. en id.
 LOS AMANTES DE CHINCHON (*parodia de los Amantes de Teruel*), de los señores **Villergas, Príncipe, Larrañaga, Asquerino y Estrella**, 1 id. en id.
 JUAN SIN PENA, del señor **Rosa**, 3 id. en id.
 EL ENSAYO DE UNA ÓPERA, } 1 en prosa y verso,
 (*zarzuela*) } del señor **Peral**.
 UN DÓMINE COMO HAY POCOS, } 1 en prosa.
 LAS GUERRAS CIVILES, de los señores **Asquerino**, 3 id. en verso
 TRAIDOR INCONFESO Y MÁRTIR, del señor **Zorrilla**, 3 id. en id.
 LA BANDA DE LA CONDESA, del señor **D. Antonio Cortijo Valdés**, 3 id. en id.
 NOBLEZA CONTRA NOBLEZA, del señor **D. J. Heriberto García de Quevedo**, 3 id. en id.
 UN AMOR A LA MODA, de los señores **D. Jacinto Perez Duro y D. Luis Rivera**, 1 id. en id.
 HACER CUENTA SIN LA HUÉSPEDA, del señor **D. Francisco Flores Arenas**, 3 id. en id.
 LA MADRE DE SAN FERNANDO, del señor **D. Cayetano Rosel**, 4 id. en id.
 LOS AMANTES DE TERUEL, del señor **Hat tzebusch**, refundida nuevamente para el teatro Español, 4 id. prosa y verso.
 UN PAGE Y UN CABALLERO, por el señor **D. J. Ecriberto García de Quevedo**, 3 id. en verso.
 DON BERNARDO DE CABRERA, del mismo señor de **Quevedo**, drama trágico, 4 id. en id.
 ARCANOS DEL ALMA (*1ª. parte*), por **D. E. Asquerino**, 3 id. id.
 UNA FALTA, por **D. José M. Hulec**, 3 id. en id.
 LAS FLORES DE DON JUAN Ó RICO Y POBRE TROCADOS, comedia original de **Lope de Vega**. Refundida en 5 actos, por don **Patricio de la Escosura**.

DON BERNARDO DE CABRERA.

DRAMA TRAGICO EN CUATRO ACTOS

DE

J. HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.



MADRID: 1850.

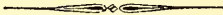
Imp. de la Viuda de D. R. J. Dominguez,
calle de Hortaleza núm. 67.

PERSONAJES.

ACTORES.

DON BERNARDO DE CABRERA. . . .	D. José Valero.
EL REY DON PEDRO EL IV. . . .	D. J. Calvo.
LA REINA DOÑA LEONOR.	D.^a B. Lamadrid.
DOÑA LEONOR DE CABRERA. . . .	D.^a T. Lamadrid.
EL CONDE DE RIBAGORZA. . . .	D. A. Pizarroso.
EL CONDE DE TRASTAMARA. . . .	D. A. Alverá.
EL VIZCONDE DE CARDONA. . . .	D. M. Osorio.
EL INFANTE DON JUAN, DUQUE DE GIRONA.	D. A. Capo.
EL VIZCONDE DE OSONA.	D. J. Llorens.
GARCI-LOPEZ DE LUNA.	D. L. Perez.
UN CARCELERO.	D. P. Maffei.
EL VERDUGO.	D. R. Beringuillo.

Damas, cortesanos, jueces, guardias, arqueros, etc. etc.



La escena pasa en Valencia y Zaragoza. El primer acto en Valencia en el año de 1363, el 2.º, 3.º y 4.º en Zaragoza en el de 1364.

Este drama es propiedad de los señores *Gullon, Lujan y Franco*, editores de la coleccion de obras dramáticas, titulada *EL TEATRO*, los cuales perseguirán ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del Reino sin su autorizacion, conforme á la *Ley de propiedad literaria* y Real decreto orgánico de Teatros, de 7 de febrero de 1849.

TEATRO ESPAÑOL.

COMISARÍA REGIA.

*La Comision de lectura ha aprobado su drama de V., titulado **DON BERNARDO DE CABRERA**, por lo que lo he declarado comprendido en el repertorio de este Teatro.*

Lo que participo a' V. para su conocimiento. = Dios guarde a' V. muchos años. Madrid 30 de setiembre de 1849. = Ventura de la Vega. = Sr. D. Heriberto Garcia de Quevedo.

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

Al Exmo. señor **D. MARIANO ROCA DE TOGORES**, marqués de Molins, vizconde de Roca-Mora, ministro de Marina, etc. etc.

Pronto hará dos años , mi querido amigo, que departiendo un dia en casa de V. sobre mis pobres versos, me instó V. mucho á que escribiera para el Teatro; y recorriendo juntos el vasto campo de la literatura dramática, recuerdo que me dijo V. que el drama, tal como hoy se escribe ó debe escribirse, era, sino mi natural terreno , aquel que mas se acercaba á la índole de mi vena poética.—Y precisando mas la cuestion, llegó V. á indicarme á don *Bernardo de Cabrera*, como personaje muy adecuado para ser protagonista en un trabajo de aquella especie; ofreciéndome el apoyo de sus consejos y hasta varias notas relativas á aquella persona y á la época en que vivió.—Yo ofrecí escribir el drama y le prometí dedicárselo.—Posteriormente , arrastrado V. por el revuelto torbellino de los negocios públicos, y atado yo al yunque del mucho mas tranquilo, pero no menos laborioso campo de los trabajos literarios, vivimos meses y meses sin comunicarnos; casi sin vernos; y ni pudo V. darme los consejos ni facilitarme las notas ofrecidas; pero este interregno de nuestras amistosas relaciones, no es razon para que yo olvide ni nuestra franca amistad ni mi voluntaria promesa.—Ahora, pues, que á fuerza de voluntad he podido por fin , consagrar algunas semanas de mi vida de poeta á nuestro don *Bernardo*, compaginando lo mejor que me ha sido posible ese drama que lleva su nombre; se lo envio, suplicándole que no mire en este trabajo lo que en sí vale, sino el cariñoso afecto con que se lo dedica su buen amigo.

J. HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

Madrid 30 de agosto de 1849.

Primo partu deo...
licio in die...
meo...
revertendo...
litteras...
hoc...
quod...
indivisi...
non...
ob...
a...
in...
quod...
non...
sub...
singi.

ACTO PRIMERO.

Salon espacioso en el alcázar de Valencia, amueblado suntuosamente.—Puertas á la derecha del espectador.—A la izquierda ventanas.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE de TRASTAMARA y el de RIBAGORZA.

TRAST. Conde, no teneis razon:
cuando mi mayor contrario
llega á Valencia, ¿queréis
que esté mano sobre mano?

RIBAGORZA. Y qué pretendéis?

TRAST. ¿No atina
vuestro juicio?—Don Bernardo,
aunque en verdad, no es amigo
del rey don Pedro mi hermano,
estorba que el de Aragon
en union con el Navarro,
le hagan la guerra, impidiendo
así, el triunfo de mi bando.

RIBAGORZA. Y bien?

TRAST.

A mis intereses
conviene que el soberano
aragonés, desconfie
de su orgulloso privado.
Para lograr este objeto,
he atraído con halagos,
con dádivas y promesas,
á no pocos cortesanos
que del favor del valido
tienen envidia:—en el acto
que yo lo ordene, con pruebas
reunidas de antemano,
acusarán á Cabrera
de tener secretos pactos
en perjuicio de de este reino
con el feroz castellano.
Mas... ¿os reís?..

RIBAGORZA.

Sí, me rio,
y tengo motivos hartos;
que andais, señor don Enrique,
por camino muy errado.

TRAST.

Reid á vuestro placer...
Pues sabed que hoy mismo aguardo
mensajeros de la corte
del rey don Pedro mi hermano,
con grandes nuevas.

RIBAGORZA.

¿Y cuáles
serán?

TRAST.

De haber empezado
á estas horas ya la guerra
las huestes del castellano
en Valencia y Aragon.

RIBAGORZA.

Nuevo triunfo á don Bernardo
será esa guerra.....

TRAST.

Por Cristo!
me impacientais, conde!

RIBAGORZA.

Os salvo!
Dice la fama que sois
cuanto valeroso cauto;
pero el odio os estravia.
¿Intentais dar el asalto
á tan grande fortaleza,

sin tener asegurado
el triunfo?—¿Cómo?—En un día
en que el de Cabrera ufano
vencedor, llega á Valencia
de genoveses y sardos;
de simuladas traiciones
osarais, conde, acusarlo?
Hay de sobra entendimiento
en el rey don Pedro el cuarto,
para que traidor creyese
al que acaba de salvarlo
de un inminente peligro
con el poder de su brazo.
El esperar es de cuerdos:
aguardad un breve plazo,
don Enrique: algunos días,
un mes, cuando mas un año:
el favor que dan los reyes
es cosa que dura tanto?
Ademas, mientras que vos
andábais desacordado,
poniendo vuestro destino
á merced de hombres estraños,
tiro mejor, mas certero
y mortal he preparado
á nuestro fuerte enemigo:
un tiro tal, que á salvarlo
no bastarán sus virtudes
ni todo el poder humano.

TRAST. Esplicadme...

RIBAGORZA. Es mi secreto;
y si hasta con vos lo guardo,
y á vereis que así conviene
á la venganza de entrambos.

TRAST. Pero, reservas conmigo!..

RIBAGORZA. Así lo requiere el caso.

TRAST. Y si dudara?..

RIBAGORZA. La duda
fuera manifesto agravio...

TRAST. ¡Amáis á doña Leonor,
conde!..

RIBAGORZA. Finjo que la amo

para asegurar mejor
el logro de mis cuidados.
Su padre el favor quitome
del monarca; nuevos lauros
cada día le aseguran
el puesto que me ha arrancado;
y viendo que es imposible,
frente á frente derrocarlo,
de un falso amor á la sombra
su cierta ruina preparo.

TRAST. Empero...

RIBAGORZA. Sois, don Enrique,
suspicaç...

TRAST. Llamadme cauto.

RIBAGORZA. El conde de Ribagorza
tiene servicios prestados
al de Trastamara...

TRAST. Es cierto;
y dentro del pecho guardo
la memoria...

RIBAGORZA. Basta, conde;
fé en mi fé solo os demando.

TRAST. Bien: voy á ver á la reina.

RIBAGORZA. Id con Dios!

TRAST. Con él quedaos!

(Se entra por una de las puertas de la derecha.)

ESCENA II.

EL CONDE *de* RIBAGORZA.

Por Dios, señor don Enrique,
sois cual don Pedro esforzado;
pero en esto de la astucia
poco sois con vuestro hermano.
¿Juzgais que con delaciones
de traidores mercenarios,
derrocareis al amigo
del gran rey don Pedro el cuarto?
Pena me dais, el buen conde,
aunque la echeis de avisado!
Antes que el rey es el hombre,

y en breve, si no me engaño,
los agravios del primero
los vengará el soberano.
—¿Y si Leonor hoy se rinde
á mi postrimer asalto?
¿Habrá mas, por vida mia,
que echar el enredo abajo?
Consiguiendo hacerme dueño
de su persona y estados,
no seré yo el enemigo
que derribe á don Bernardo.
Entonces, que don Enrique
se procure otros aliados.
—Mas Leonor viene... La suerte
de su padre está en sus manos.

ESCENA III.

Dicho. DOÑA LEONOR.

LEONOR. Dios os guarde, señor conde!

RIBAGORZA. Feliz quien llega á miraros
tan temprano y tan hermosa.
¿Conque hoy llega don Bernardo?

LEONOR. Asi rezaban los pliegos
que envió al monarca...

RIBAGORZA. Del lauro
que consiguió allá en Cerdeña,
os doy mil plácemes.—¿Cuándo
debe llegar?

LEONOR. Ya era tiempo,
y no comprendo el retardo.

RIBAGORZA. Portador de tales nuevas
debe de ser esperado.
Viene con él el vizconde?

LEONOR. Cuál de los dos? (*Con intencion.*)

RIBAGORZA. Vuestro hermano...
Yo del otro no me acuerdo;

LEONOR. Bien haceis en olvidarlo.

RIBAGORZA. Por qué?... Mas ya que vos misma
me provocais, voy al grano.
¿Os obstináis en no ser

mi esposa?

LEONOR. Os lo he declarado tantas veces, que no entiendo ese dudar tan extraño. Mi corazón ya no es mío.

RIBAGORZA. Y qué importa?.. Vuestra mano es lo que pido.—En buen hora que ameis al almibarado doncel; bastante seguro son vuestro honor y recato, para que me diera celos un niño...

LEONOR. Sí; cuyo brazo, en peligrosas empresas ha conquistado mas lauros, que vos urdido traiciones en vuestros proyectos años. Un niño, sí; cuyo esfuerzo es igual á su magnánimo corazón; cuyas virtudes se citan como dechado, y que es á un tiempo modelo de jóvenes y de ancianos: un niño, es cierto; mas, conde, si osais, con él comparaos!

RIBAGORZA. Doña Leonor, le amais ciega: disculpo vuestro entusiasmo, pero, cuidad...

LEONOR. Lo de siempre... os prevengo que es en vano cuanto digais; el valido, señor conde, está muy alto, para que alcancen los tiros de enemigo tan enano.

RIBAGORZA. Me insultais?...

LEONOR. No... no os insulto: respondo de un modo franco, á amenazas descorteses, que yá rayan en agravios.

RIBAGORZA. Es vuestra final respuesta?

LEONOR. Señor conde!..

RIBAGORZA. Adios quedaos!

(Al ir á salir Ribagorza, tropieza en la puerta con el vizconde de Cardona, que viene en traje de guerra, y con la visera calada. El conde de Ribagorza se vuelve, y dirige á Leonor una mirada de mortal amenaza.)

ESCENA IV.

LEONOR.—EL VIZCONDE DE CARDONA.

- CARDONA. (*Levantándose la visera.*)
Dueño del alma, Leonor!..
Pero ¿qué hacia ese hombre?
- LEONOR. Hay algo en él que os asombre?
- CARDONA. Mucho que espanta mi amor!..
Cuando tras la amarga ausencia,
libre ya de los azares
de la guerra y de los mares,
me encuentro al fin en presencia
del solo amor de mi vida,
no sé;—mas en tal ventura,
un pesar el alma augura
que mi valor intimida...
- LEONOR. Porqué?.. Mas dejad el ceño,
Rogerio: estais receloso
de mi lealtad?..
- CARDONA. No!
- LEONOR. Quejoso
porqué, pues, está mi dueño?
- CARDONA. Quejoso, no; que en tu amor
como en Dios ciego confío;
mas, Leonor, á pesar mio
me da miedo ese traidor.
- LEONOR. Miedo de qué? Por ventura,
aunque mas terrible fuera,
Doña Leonor de Cabrera...
- CARDONA. Es ¡ay! demasiado pura
porque pueda comprender
su inocente corazon,
cuan grande es de la traicion
el satánico poder.
- LEONOR. Rogerio, me haceis temblar...
- CARDONA. No quiero yo que tembleis,

sino que avisada esteis...
Sed franca, pues: ¿llegó á hablar
de amor ese hombre?— Decid
la verdad, tal como sea,
á fin de que yo prevea
sus consecuencias...

LEONOR.

Oid.

Aun antes de conoceros
ya ese hombre me perseguia
con su amor: yo resistia
creyendo entonces sinceros
sus juramentos: no hallaba
en su voz ni en sus modales
ciertas prendas naturales,
que cuando de amor soñaba,
daba allá en mi fantasia
de un amante á la persona;
no hallaba, en fin, un Cardona
como el que yo me fingia.
El sufria mi desden
al parecer resignado,
hasta el momento en que el hado,
por mi mal ó por mi bien,
os presentó ante mis ojos:
me amásteis, me lo dijisteis,
y que os pagara pedisteis
con llanto y püesto de hinojos
á mis pies; quise luchar,
fuerte quise resistir;
mas me tuvé que rendir,
que mi pecho ansiaba amar.
Ví en vos, vizconde, el retrato
del noble ser que algun dia
se forjó mi fantasia;
y á pesar de mi recato
cedí á vuestro amante ruego:
quedó nuestro amor oculto
para todos, mas de bulto
para ese hombre: de ira ciego
desde entonces me persigue,
y cobarde me amenaza
en mi padre y en mi raza;

sin que su saña mitigue
ni el favor que nos dá el rey,
ni el que jamas le hice ofensa,
ni que son en mi pefensa
justicia y razon, y ley.

Hé aquí la vérdad: no pude
resistir vuestro mandato...
¿Dudais?..

CARDONA. De vuestro relató,
cómo es posible que dude?

LEONOR. ¿Porqué callais?

CARDONA. Si ora callo
es porque busco un buen medio
de poner á esto remedio...

LEONOR. Y no le hallais?

CARDONA. No le hallo.

Sin la antigua enemistad
que nùestras razas divide...

LEONOR. Mas el hombre en quien reside
tanto valor y lealtad
unido á tal valimiento;
¿debe temer por ventura?

CARDONA. Es que no hay, Leonor, altura,
que esté al abrigo del viento
de la traicion:...

LEONOR. Qué le de hacer?

CARDONA. Sed franca con vuestro padre.

LEONOR. Y con la reina?... Cual madre
me trata...

CARDONA. Pero es muger:...

No lo hayais á mal, Leonor,
sois un ángel en la tierra;
mas vuestro sexo no encierra
ni reserva ni valor

bastantes á prevenir
el peligro en que os hallais
vos y los vuestros:—Si hablais,
si os atreveis á decir
algo á la reina, es posible
que de mal vaya á peor
el interes de mi amor.

LEONOR. Es un tormento insufrible

- callar á mi bienhechora
lo que hay en mi corazon...
- CARDONA. En nombre de su pasion
os lo pide el que os adora.
- LEONOR. Callaré...
- CARDONA. Bien! prevenido
vuestro padre, no hayais miedo...
- LEONOR. Pero vos...
- CARDONA. Yo ya lo quedo;
fiad... pero qué ruido
suena allá?
- LEONOR. Los cortesanos
salen del cuarto del rey...
- CARDONA. La vista huyo de esa grey
de aduladores villanos!
Adios! guardad advertida
el mas profundo misterio.
(*Cogiendo una de sus manos y besándola.*)
Amas mucho á tu Rogerio?
- LEONOR. Sí!.. con el alma y la vida.
(*Vase el vizconde.*)

ESCENA V.

DICHA.—LA REINA.—EL CONDE DE TRASTAMARA.—EL DUQUE DE
GIRONA Y VARIOS CORTESANOS.

- REINA. Aquí vos, doña Leonor?
- LEONOR. Esperaba á vuestra alteza...
- REINA. No es mi antesala esta pieza...
- LEONOR. Pero...
- REINA. ¿Mudais la color?
- LEONOR. ¿Yo... Señora?
- TRAST. De su afan
acaso la causa sé...
- REINA. Vos, don Enrique?..
- TRAST. Cuidé
que aquí quedaba un galan
cuando á veros fuí...
- REINA. ¿Quién era
el que habló con vos, Leonor?
- LEONOR. El vizconde...

TRAST.

Por favor,
doña Leonor de Cabrera,
disimulad; si bien miro
el título equivocais;
vizconde al conde llamais
de Ribagorza?

LEONOR.

(Ap.) Respiro!..
Sí, en efecto, ha un breve instante
que marchó ese caballero...

REINA.

Y por qué tan de ligero?

TRAST.

Acaso por ir delante
del ilustre vencedor...

REINA.

Tan cerca está?

TRAST.

Si son ciertas
las noticias, á las puertas
de la ciudad...

REINA.

(A Leonor.) Vuestro ardor
no es entonces de estrañar.
La filial agitacion
calmad, pues del corazon,
que le vais pronto á abrazar.
—Y vos, duque de Girona,
que tanto á Cabrera amais,
hoy á su encuentro no vais?
Vuestro ayo fue: el que blasona
como vos de agradecido,
debe ser, juzgo, el primero
que diga á ese caballero:
¡seais, señor, bien venido!
Voy al punto, á Dios!

GIRONA.

REINA.

Andad
y volved con alegría.

TRAST.

(A Girona.) Iré en vuestra compañía.

REINA.

Gracias, conde.

TRAST.

Adios quedad.

(Vánse el de Girona, Trastamara y los cortesanos.)

ESCENA VI.

LA REINA.—LEONOR.

REINA.

(Abrazando á Leonor.)

Gracias á Dios!—al fin contigo sola

con mas placer y libertad respiro.
Honda inquietud me afana y me desola,
y dia y noche sin cesar suspiro:
¡ay! ¿porque no nací cual tú, española?
¿Porque en modesto y plácido retiro
no he de poder vivir, de las prisiones
lejos, de estos dorados artesones?
¿Qué os aqueja, señora?

LEONOR.

REINA.

¡Ay Leonor mia!

Un tormento indecible, una demencia,
un deseo voraz, que en agonía
convierte, ¡ay Dios! mi lúgubre existencia!
Invocad la razón!..

LEONOR.

REINA.

Vano sería!

No puedes comprender en tu inocencia
el intenso pesar con que me aflige
funestísimo amor!

LEONOR.

REINA.

Qué?..

Ya lo dije.

LEONOR.

REINA.

Amáis, señora, vos?

Con tal locura,

con voluntad tan firme y decidida,
que por ver de mi pecho la ternura
un instante no mas correspondida:
sin costarme un suspiro de amargura,
belleza, juventud y trono y vida,
y hasta mi salvación eterna diera,
y mil veces dichosa me creyera!..

LEONOR.

REINA.

Inmenso es vuestro amor!

Y aun no es bastante

del que me lo infundió al merecimiento;
jamás hubo mortal á él semejante
sobre nuestro terrestre firmamento:
cuerdo, virtuoso, apuesto y arrogante,
en la lid el mayor en ardimiento,
es en la paz el director más sabio;
que brota la elocuencia de su labio.

LEONOR.

REINA.

¿Dónde nació?..

Bajo este puro cielo;

la brisa de Aragón meció su cuna:
tuvo al nacer en tan heróico suelo,
hasta en esto propicia la fortuna!

LEONOR.

Y ha mucho que le amais?..

REINA.

Nació mi anhelo

cuando mi pecho aun pasion alguna
habia conocido; en los albores
primeros de la edad de los amores.

Escúchame, Leonor: há tantos dias
que deseo contar mi triste historia!

Triste sí, mas de vagas armonias,
que llenan corazon, alma y memoria!

Un momento apartad, nubes sombrías,
dejad que esplenda en su radiante gloria,
como el sol tras de lóbrego nublado,
aquel punto feliz de lo pasado!

—En aquella region que el Etna altivo
fecundiza y abrasa en sus ardores;
en donde reina siempre el fuego estivo
del padre sol, y entre olorosas flores
y abrasadoras lavas, es mas vivo
el amor, mas terribles los rencores;
de estirpe generosa aragonesa,
al llanto y al dolor nació princesa.

Allí pasé el espacio afortunado
que recorren los años infantiles,
lejos del torbellino arrebatado
del mundo, entre aromáticos pensiles:
mas luego que en la vida hube llegado
al umbral de los dias juveniles,
en espléndido tren una mañana
lleváronme á la corte siciliana.

Toda era flesta y bailes y alegria,
Mesina la opulenta, á mi llegada;
que á su puerto arribara en aquel dia
de tierras de Aragon una embajada:
un guerrero de escelsa nonbradía,
el famoso don Pedro de Moncada,
el noble embajador, era elegido,
por el rey de Aragon esclarecido.

Aquel embajador pidió mi mano
para su rey, y sin reparo alguno
concediósele luego el rey mi hermano,
sin consultar mi inclinacion.—Ninguno
vió que era yo una niña, él un anciano;

y mi ruego tachando de importuno,
forzada cedí al fin, no convencida;
esclava regia á la ambicion vendida!
Embarcáronme un dia hácia esta tierra
con gran pompa en la nao capitana...
¡Ay! este inmenso amor que el alma encierra
nació allí por mi mal:—entre la hispana
comitiva, un varon, Marte en la guerra,
famoso entre la gente siciliana
por su ciencia y valor y cortesia,
para mal de los dos allí venia.
Fue la navegacion muy dilatada
por recios mares y contrarios vientos;
mas breve para mí, que enamorada
de aquel héroe venia:—mis tormentos
oculté sin embargo avergonzada
de mi debilidad; mas los violentos
ímpetus del amor, al fin triunfaron,
y mi insana pasion le revelaron.
Y abusó?..

LEONOR.

REINA.

No, Leonor; que caballero
mas cumplido, jamas vivió en el mundo!
El me amaba tambien; mas fuerte, empero,
que yo, de honor egemplo sin segundo,
supo ser á su rey leal primero,
y en su gran corazon guardó profundo
su amor... Tú le conoces...

LEONOR.

Yo, señora?

El rey!.. disimulad!.. (*Viendo venir el rey.*)
(*La reina enjuga precipitadamente sus lágrimas.*)

ESCENA VII.

DICHOS.—EL REY, etc, etc.

REY.

Ya en esta hora
debía estar en Valencia.
(*Reparando en la reina y yendo hácia ella.*)
Vos aquí?.. justo es por Dios,
pues uno somos los dos,
que compartais mi impaciencia.
(*Oyense gritos y victores de alegría.*)

Mas si no me engaño, aquí
llega el mismo don Bernardo...

REINA. ¡O Dios! (*Aparte con turbación.*)

LEONOR. ¡El es!

REINA. (*Ap.*) Si ora aguardo...

(*Oyense vivas á Cabrera en la inmediata cámara.*)

ESCENA VIII.

DICHOS. — CABRERA. — EL DUQUE DE GIRONA. — EL VIZCONDE DE
OSONA. — CORTESANOS. — GUERREROS. — (*Cabrera y Osona arma-
dos de pies á cabeza.*)

BERNARDO. (*Entrando.*) Vivas en palacio á mí!
Caballeros, viva el rey!
(*Yendo hácia el rey y doblando una rodilla.*)
A vuestras plantas, señor...

REY. (*Levantándolo.*) Todo es poco á tal valor...

BERNARDO. Antes que todo es la ley!

REY. (*A la reina.*) Dad vuestra mano á besar,
señora, al buen caballero.

BERNARDO. No cumple á un pobre guerrero
tan noble premio alcanzar.

REY. Llegad!

REINA. (*Estendiendo la mano que don Bernardo besa con
respeto.*)

Sí; que en vos se mira
la prez mayor del estado.
Mirad quien está á mi lado...

BERNARDO. Leonor!..

LEONOR. Padre! (*Se abrazan.*)

REINA. (*Ap.*) Alma, respira!

REY. Venid, vizconde de Osona,
abrazad á vuestra hermana!
(*El vizconde se acerca cortado y la abraza.*)
Ahora á mí!

OSONA. Tan soberana
distincion á una persona
tan humilde?

REY. Y bien?.. Llegad;
que aunque apenas de la infancia
salís, sé que en la arrogancia,

como en prudencia y lealtad,
sois, jóven, todo un Cabrera!
Llegad!.. (*El vizconde obedece.*)

BERNARDO. Tan alto favor
me abruma...

REY. (*Interrumpiéndole.*) Oid:—qué rumor
se escucha por allá fuera?

(*Oyese un confuso rumor, y muy luego entra Garcí-Lopez de
Luna, seguido de varios caballeros.*)

ESCENA IX.

DICHOS.—GARCÍ-LOPEZ DE LUNA.—*Luego el CONDE DE TRAS-
TAMARA.*

REY. Es Garcí-Lopez de Luna,
mi alguacil:—¿qué nos traeis,
que tan mal gesto poneis?

GARCÍ-LOP. Pesia mi mala fortuna,
señor, si en esta ocasion
soy mensagero fatal:
Don Pedro, vuestro rival
se ha entrado por Aragon.

REY. (*A don Bernardo.*) ¿Oisteis tal insolencia?

TRASTAM. (*Entrando.*) Entonces no es maravilla,
que don Diego de Padilla
se haya entrado por Valencia.

REY. ¿Qué decís?

TRASTAM. Lo que este pliego
me acaba de revelar:
han empezado á talar
la comarca á sangre y fuego.

REY. ¡Ira de Dios!.. Nos acosa
como al tigre en su guarita!
He de tomar por mi vida
una venganza horrorosa!
Señores, es la ocasion
de mostrar vuestro denuedo;
á las armas! no haya miedo!
¡San Jorge, por Aragon!

ACTO II.

*Sala como de despacho en el palacio de la Aljaferia en Zaragoza
Algunos armarios con libros, legajos, etc., etc. Puertas en el
fondo y laterales.—En uno de los ángulos una mesa y un si-
llon.—Al levantarse el telon, se verá al rey sentado en el si-
llon y á don Bernardo de pie cerca de allí.*

ESCENA PRIMERA.

EL REY.—DON BERNARDO.

REY. Vencido el de Castilla, me aconseja
vuestra prudencia que huya del combate?

BERNARDO. ¿Qué es vencer diez batallas contra un hombre
de tales fuerzas y recursos tales?

Demas, que con Castilla á toda costa,
os conviene, señor, hacer las paces.

Harto teneis con la intestina guerra
que os mueven los inquietos catalanes.

REY. Yo los castigaré!..

BERNARDO. No con castigos
domareis ese pueblo formidable.
Son soldados valientes cual ningunos,
intrépidos y sabios navegantes:

convencedles, señor, dándoles leyes
que su interes protejan paternales,
que vuestro corazon tan solo ansía
ver prosperar sus puertos y ciudades.
Vereis entonces ante vos sumisos
aquellos belicosos habitantes;
que á los valientes el amor sujeta
mucho mas que el temor de los desastres.

REY. Muy bien: así lo haré, mas con Castilla
no existe igual razon:—De mis falanges
á conservar los brios, es forzoso
una guerra tener siempre constante.
En la paz, bien sabeis que no se forman
soldados ni famosos capitanes...
Guerra debo tener por mar ó tierra...

BERNARDO. Por tierra y mar teneis.—¿No son bastantes
la que os mueven los sardos revoltosos,
la que Génova os mueve con sus naves?
Ademas, con don Pedro de Castilla,
se trató ya de paz: con credenciales
llegó su emb jador: las condiciones
convienen por igual á entrambas partes:
rechazar su amistad, juego que fuera
dura injusticia y manifiesto ultrage,
y pudiera aquel rey ante la Europa
de sinrazon y deslealtad quejarse.

REY. Y qué haré con el conde don Enrique?
Con razon pensará que aquí le traje
con engaños, de Francia...

BERNARDO. En vuestro reino
podeis, señor, estado señalarle,
conveniente á su clase: ricas villas
teneis, y señoríos y lugares
sin dueño...

REY. ¿Cuáles son?

BERNARDO. Los que otro tiempo
en Aragon tuvieron los infantes
don Hernando y don Juan...

REY. Sois, por mi vida,
la salud de mis reinos, almirante!

BERNARDO. Cumpla con mi deber de fiel vasallo
y buen aragonés...

- REY. Ahora, habládme
de esos dos caballeros que digisteis.
- BERNARDO. Vuestro favor al uno retirásteis
por una acusacion vaga, confusa,
que nunca, á mi entender, llegó á probarse.
- REY. ¿Quién es ese?
- BERNARDO. El señor de Ribagorza:
peleó con denuedo muy notable
en esta guerra que acabó...
- REY. Veremos
de hacer algo por él.
- BERNARDO. Culpas de padres
al otro mantuvieron hasta hoy día
de vuestra gracia y vuestro amor distante;
mas ya es tiempo, señor, que sus proezas
lleguen cual son, á los oídos reales...
- REY. Y quién es?
- BERNARDO. El vizconde de Cardona.
- REY. Dejad, mi fiel amigo, que me pame
de vuestro proceder: —gracias pedisme
para tres enemigos capitales
de vuestra casa ilustre...
- BERNARDO. Son justicias
que no deben mas tiempo retardarse,
y á vos os están bien: que con hacerlas,
ganais amigos sin dañar á nadie!
- REY. Y que puedo yo hacer por el vizconde?
- BERNARDO. Volverle los dominios de sus padres
que fueron confiscados...
- REY. Volverélos...

ESCENA II.

Dichos. GARCÍ-LOPEZ DE LUNA.

- GARCÍ-LOP. Perdonad, gran señor, si en este instante
me atrevo á interrumpiros...
- REY. ¿Buenas nuevas
ó malas?.. qué traéis?
- GARCÍ-LOP. Minutos hace
que llegó á mi noticia, en los suburbios,
que algunos descontentos desleales

tenian reuniones clandestinas
en pró de los rebeldes catalanes.
Fuí allá con mis arqueros: sorprendilos;
y aun así resistiéronse tenaces;
mas prender pude al fin, entre otros muchos,
algunos de sus cabos principales...
Juan Gimenez de Urrea es su caudillo...

REY. Traidores! mal nacidos!.. con su sangre
pagarán su delito... Dadles muerte
á todos!..

BERNARDO. Ved, señor, que los desmanes
se contienen mejor con la clemencia!

REY. ¿Juzgais que deba yo á esos miserables
poner en libertad?..

BERNARDO. Basta que alguno...
El gefe principal, por todos pague...

REY. Bien: pues mandad matar á Juan de Urrea.

GARCI-LOP. Sin que antes se defienda?

REY. A los culpables
de crimen de traicion reconocida,
defensa no hay que á sincerarlos baste.
Id pues!..

BERNARDO. Dura sentencia; pero justa!

REY. Partid!..

GARCI-LOP. Muerte le doy?

BERNARDO. Ya lo escuchásteis!

(*Váse Garci-Lopez.*)

REY. Seguidme, hasta mi cámara, Cabrera,
os tengo que confiar algunos planes.
(*Vánse por la segunda puerta de la derecha del es-
pectador.*)

ESCENA III.

LEONOR.

(*Sale por la primera puerta de la izquierda.*)

Ya no está mi padre aquí...
hallar no pude un momento
para avisarle el peligro,
segun me ordenó Rogerio;

ay triste! y aun no ha pasado
el uno , cuando otro nuevo,
mucho mayor y terrible
amenaza nuestros pechos!
Triste Leonor!.. en mal hora
te concedió airado el cielo,
esta funesta hermosura
origen de tus tormentos!
¿Cómo detener los pasos
de ese indómito mancebo,
que de la regia corona
de Aragon es heredero?
¿Cuál será bastante valla
á contener los escesos
de un príncipe que rebosa
en juvenil ardimiento?..
Qué haré?.. mas cielo! el vizconde!
(*Corriendo hácia él.*) Dios te ha traído, Rogerio!
(*El vizconde entra por la puerta del fondo.*)

ESCENA IV.

LEONOR.—CARDONA.

CARDONA. ¡Dios te guarde, Leonor mia!

LEONOR. El bendiga este momento!
¡Cuánto en venir has tardado!

CARDONA. Mandaba el último tercio
que hoy ha entrado en Zaragoza
vencedor del rey don Pedro:
quise dejar la armadura,
para no venir cubierto
con el polvo del camino
á las plantas de mi dueño.

LEONOR. Fuiste herido en la campaña?

CARDONA. Aquí en el hombro derecho
recibí una leve herida...
Mas de otras cosas hablemos.
Tengo grandes esperanzas!

LEONOR. Cómo así?

CARDONA. En varios encuentros
quiso la amiga fortuna,

que tu hermano y yo, riñendo
juntos, el triunfo arrancáramos
de Castilla á los guerreros.
Su hermano de armas me llama,
y sabiendo nuestro afecto,
conseguir me ha prometido
el árduo consentimiento
de tu padre.—¿Mas el rostro
de tristes nubes cubierto
vuelves?.. suspiras?.. ¡Qué duda
penetró en mi pensamiento!
¡Habla, Leonor: no vaciles:
siquiera con tus acentos
salgan mi amor y mi vida
á un tiempo juntos del pecho!
¡Habla, por Dios!..

LEONOR. De mis ansias
sabrás la razon muy presto...

CARDONA. ¿Por qué no ahora?

LEONOR. Imposible?

CARDONA. Imposible!

LEONOR. Es un secreto
que á mi padre y á mi hermano
debo revelar primero.
Vé, pues, en busca de Osona
y dile que venga luego...
que es urgente!

CARDONA. ¿Y vendrá solo?

LEONOR. Ven con él!

*(Al ir á salir Cardona, entra el duque de Girona
por la primera puerta de la derecha del espectador.)*

ESCENA V.

Dichos. EL DUQUE DE GIRONA.

GIRONA. ¡Guárdeos el cielo,
hermosa dama!.. Cuidaba
que este noble caballero
aun lejos de Zaragoza...

CARDONA. Hace muy breves momentos
que llegué...

- GIRONA. Señor vizconde,
aprovechais bien el tiempo!
- CARDONA. ¿Qué decís?
- GIRONA. (*Enojado.*) ¿Qué sois muy sabio!
- CARDONA. (*Ap.*) Ya he penetrado el misterio!
(*Alto.*) Vuestra grandeza, señor,
me escusará, si me atrevo
á estrañar el duro tono
de sus palabras...
- GIRONA. ¿Tan necio
sois, que no alcanzais, vizconde,
que me ofende vuestro aspecto?
- CARDONA. Como nunca os hice agravio;
y como en servicio vuestro
y del rey, en árduas lides
arrostré mil y mil riesgos,
sin pedir ni aun esperar
á tantos servicios premio;
nunca abrigó el corazón
el mal nacido recelo
de que fuera un buen vasallo
á sus príncipes molesto.
- GIRONA. ¿Sois insolente!..
- CARDONA. Leal
me llamarais y sincero,
á no ofuscar la injusticia
vuestro claro entendimiento.
- GIRONA. ¡Señor vizconde!..
- CARDONA. Señor,
os presento mis respetos.
(*A Leonor*) Adios Leonor...
Vuestra audacia!..
- GIRONA. ¿Qué decís?
- CARDONA. Ya nos veremos! (*Váse Cardona.*)

ESCENA VI.

LEONOR. GIRONA.

- GIRONA. Me pareceis afligida...
¿Tanto os debe ese mancebo,
que por tan leve motivo

- se anublan vuestros serenos
ojos?.. ¡Envidia su dicha!
- LEONOR. Acaso no me entristezco
por él, señor...
- GIRONA. ¿Porqué causa
entonces?
- LEONOR. Porque contemplo
que empezais desde temprano
á privaros del afecto
de los vasallos mejores,
por motivos muy ligeros.
- GIRONA. Que tiene vuestro disgusto
razon distinta, sospecho;
mas no el tiempo así perdamos
en fútiles argumentos,
cuando por cada minuto
que paso yo al lado vuestro,
diera un tercio de mi vida
gustoso mi amante pecho!
- LEONOR. Señor, ya os dige otras veces
que no debo oir, ni puedo!
amores de vuestro labio...
- GIRONA. Escuchad, Leonor.—El fuego
que arde en mis venas, es santo.
No un juvenil devaneo
me hizo arrostrar los rigores
que sufrió hasta aquí mi afecto;
que á dama, cual vos, señora,
mal pudiera un caballero,
perseguir con sus amores,
por capricho ó pasatiempo.
¡Yo os amo con tal locura!
- LEONOR. Señor, el abismo inmenso
medid que á los dos separa...
- GIRONA. Medílo há yá mucho tiempo:
y si esa causa es la sola,
Leonor, de vuestro recelo,
deponed la repugnancia,
de mi amor no tengais miedo;
que por llamaros mi esposa
estoy á todo resuelto.
- LEONOR. Yo esposa vuestra?.. No; nunca!

GIRONA. ¿Nunca dijísteis?

LEONOR. Los fieros
impulsos de vuestras iras,
¡moderad, señor, os ruego!
Ved que á tan alto destino
soy muy humilde sugeto:
que el que cual vos, á este mundo
nació al soberano imperio,
há menester una esposa
de mayor merecimiento.

GIRONA. Vuestra modestia os engaña;
que dejando aparte el precio
de virtud inestimable
que atesora vuestro pecho;
vuestro linage es mas claro
que el sol, y el noble ardimien to
de Cabrera y sus hazañas,
tanto elevaron su vuelo,
que en Aragon es, señora,
despues del rey, el primero!
Demas, que en nuestros anales
hay infinitos egemplos
de enlaces...

LEONOR. Es imposible!..

GIRONA. ¿Eso decis?

LEONOR. Torpe creo
que fuera seguir callando
lo que pasa aquí en mi pecho.
Yo, señor, vuestras bondades
con el alma os agradezco...
pero...

GIRONA. ¿Teneis un amante?

LEONOR. Mi corazon tiene dueño...
Tocado yá el imposible,
tratad, señor, pues sois cuerdo,
de olvidarme. —Adios quedaos.
señor!.. *(Vase por la izquierda.)*

GIRONA. De rabia estoy ciego!..
*(Yendo hácia la puerta del fondo, á tiempo que en-
tran Trastamara y Ribagorza.)*

ESCENA VII.

DICHOS.—TRASTAMARA.—RIBAGORZA.

TRAST. ¡Dios os guarde!

GIRONA. Buenos días

conde...

RIBAGORZA. Señor, os saludo...

TRAST. Teneis, duque, hoy un semblante
asaz trastornado y mustio.
¿Qué os acuita?..

GIRONA. Amigo conde,
un mal que segun presumo
no tiene humano remedio.

TRAST. Con grande pasmo os escucho,
duque: vos jóven, gallardo,
de Aragon príncipe angusto,
¿os doblegais de una pena
ante el dolor importuno?

GIRONA. De esta, conde, que me mata,
nadie se libra en el mundo!

TRAST. Mucho me engaño, por Cristo,
ó es amoroso el disgusto
que os atormenta.

GIRONA. Acertásteis...

TRAST. ¿Y no hay remedio ninguno?

GIRONA. Tengo un rival...

TRAST. Tan osado
quien pueda ser, no barrunto.
¿Quién se atreve á ser primero
que el que no tiene segundo
en Aragon?

RIBAGORZA. Que se atreva
á tal crimen solo hay uno.

TRAST. ¿Quién?

RIBAGORZA. De Cardona el vizconde.

GIRONA. ¡El es!

TRAST. ¿Y el mortal insulto
sufrireis?..

GIRONA. Cómo vengarme?

TRAST. Haciendo caer sañado
el peso de vuestras iras

sobre él, y sobre el que supo
por protegerle, asestaros
tan certero golpe crudo.

GIRONA.

¿De quién habláis?..

TRAST.

De Cabrera!..

de ese cortesano astuto
que con sus arteras mañas
ha invadido uno por uno
los poderes del Estado,
con escándalo del mundo!

GIRONA.

¡Son muy altos sus servicios!

TRAST.

Sirvióse á sí:—casi nulo

es el poder del monarca..

y vos... ¿cual es vuestro influjo?

¡Aun os trata como á un niño!

GIRONA.

Es cierto...

TRAST.

¿Y no fuera justo

que á vos, siendo el heredero

del reino, de sus asuntos

os diese parte?

RIBAGORZA.

Si osara

revelar... mas no; que injustos

acaso me acusarian...

de ser contrario...

GIRONA.

Ese oscuro

lenguage, aclaradme, conde...

RIBAGORZA.

Cedí á involuntario impulso...

Perdonad, señor...

GIRONA.

Os mando

que me lo espliqueis al punto.

RIBAGORZA.

Os debo en todo obediencia

como que soy vuestro súbdito... .

pero...

GIRONA

Hablad!..

RIBAGORZA.

Pues bien: ese hombre,

rebosando en torpe orgullo,

habla de vuestra grandeza

con menosprecio profundo.

GIRONA.

¿Tanto osó su atrevimiento?..

RIBAGORZA.

Y amenazándole, alguno,

con el riesgo que corria

si lo que sabe hasta el vulgo,

- llegaba hasta vos; con gesto de ironía el labio impuro, contestó: ¡qué! si es un niño, que tiembla bajo mi yugo!
- GIRONA. ¡Ira de Dios!.. ¿y aun respira cuando tal agravio escucho? ¿Mas cómo ha de ser posible saciar mi enojo iracundo cuando mi padre le tiene por su amigo mas seguro?
- TRAST. ¡Mucho puede el almirante!
- GIRONA. Por casi imposible juzgo que el rey le quite su gracia.
- RIBAGORZA. Pues yo, fácil lo presumo...
- GIRONA. ¿Cómo?..
- RIBAGORZA. Escuchad un secreto.
(*Le habla al oído.*)
- GIRONA. ¿Qué oigo? (*Asombrado.*)
- TRAST. (*Ap.*) Por Santiago juro, que nunca encontré un villano como este, en traiciones ducho!
- RIBAGORZA. ¿Qué os parece?
- GIRONA. ¿Pero, es cierto?
- RIBAGORZA. ¿Pensais que yo le calumnio?
- GIRONA. En efecto... á mi madrastra... mas de una vez... me confundo!.. ¿Quién tal traicion sospechara? —Venid, caballeros!.. juntos Diremos al rey don Pedro, que sobre su trono augusto pesa el crimen mas horrible que jamas supiera el mundo! Venid, venid!.. que ya tardo...
(*Vendo los tres hácia la puerta por donde antes entraron el rey y don Bernardo.*)
- RIBAGORZA. Callad; que si bien columbro, viene hácia aquí el almirante...
- GIRONA. ¡Cabrera... oh Dios, yo me turbo!..
- TRAST. Han menester las venganzas, mas valor!..
- RIBAGORZA. Mas disimulo!
(*Al salir don Bernardo, se desvian los tres caballeros para de-*

jarle pasar, saludándole al mismo tiempo: él les contesta con serena afabilidad, y señalándoles el pasillo les dice:)

BERNARDO. Entrad, entrad, caballeros;
el momento es oportuno!

ESCENA VIII.

DON BERNARDO.

¿Con mis contrarios mortales
el duque aquí tan unido?..
¿Si al fin lo habrán atraído
á sus miras criminales?..
Sí... no hay duda... muy turbado
quedose cuando me vió...
Mas. . ¿por qué he de temer yo?
¿No sirvo bien al Estado?..
¿Qué importa que una traicion
tramen mis dos enemigos,
cuando tengo por amigos
rey y pueblo de Aragon?
Y empero, si de la gracia
real, privado cayera;
¿vive Dios que lo tuviera
por dicha y no por desgracia!
Que aunque guarde el corazon
leal, su dolor secreto,
el hombre está á errar sujeto,
y es gran riesgo la ocasion!
Diez años vencí el embate
de este amor que me devora;
pero el vigor se aminora
con lo largo del combate.
Es cierto que yo hasta hoy
valeroso resistí...
¿mas quién me asegura á mí
ser siempre lo que ahora soy?
Sí... que el valor que aquí vive,
como el bien forjado acero,
es mas firme y valedero
mientras mas golpes recibe!
(Se sienta en el sillón que antes ocupó el rey y se po-

ne à examiner los papeles que hay sobre la mesa.)

ESCENA IX.

Dicho. CARDONA, OSONA.

CARDONA. Parece muy ocupado...

OSONA. No importa : habladle con brio!

BERNARDO. ¿Quién anda allí?

OSONA. Padre mio...

BERNARDO (*Volviéndose.*) Hijo... (*Viendo al vizconde.*)

¡Seais bien llegado!

Juntos me alegro de veros,

pláceme veros amigos;

no deben ser enemigos

tan esforzados guerreros!

CARDONA. ¡Ah señor!.. De vuestros labios

los acentos generosos...

BERNARDO. En los pechos valerosos

no echan raiz los agravios...

Mucho, á fé, me persiguieron

vuestros ilustres mayores;

que los paternos errores

sobre nosotros cayeron.

Mas no me ofendísteis vos

ni nunca os hice yo mal:

¿qué habrá, pues, mas natural

que ser amigos los dos?..

CARDONA. ¡Cuán feliz soy en oiros!

solo así osara mi amor...

BERNARDO. ¿Qué decís?

OSONA. Que él y Leonor...

CARDONA. Su mano vengo á pedirós!..

BERNARDO. ¿Su mano? ¿pues qué, os amais?

OSONA. Se adoran...

CARDONA. Y el sentimiento

de mi amor...

BERNARDO. ¡Cuánto lo siento!

CARDONA. ¿Mi peticion rechazais?

BERNARDO. Vizconde, no os ofendais;
aun no hace un hora que aquí
al rey don Pedro pedí

que en el goce os repusiera
de vuestros bienes... ¿qué fuera,
si sospechara de mí?..

CARDONA. Sospechar de vos, ¿por qué?

BERNARDO. Porque pudiera pensar
que al quereros elevar
en mi grandeza pensé.

CARDONA. ¡Porque antes no me espliqué
con vos, oh! suerte tirana!

OSONA. ¡Padre, mirad que mi hermana
corre mil riesgos aquí!

BERNARDO. ¿Mas qué la amenaza, dí?

OSONA. ¡La cólera soberana!

BERNARDO. ¿Del rey?..

OSONA. No; del de Girona!

BERNARDO. ¿Con qué razon la amenaza?

CARDONA. Porque ella su amor rechaza.

BERNARDO. ¿Y así su estado baldona
el que nació á la corona?

¿Mas quién de eso me asegura?

CARDONA. Mi fé, que la llama impura
de su pecho adivinó...

ESCENA X.

Dichos. La REINA, LEONOR, despues el REY, GIRONA y los CONDES.

*(La reina y Leonor salen asidas de la mano por la primera
puerta de la izquierda.)*

REINA. De todo os respondo yo...
Haced de ambos la ventura.

BERNARDO. Señora, vos no sabeis...

REINA. Todo lo sé.

BERNARDO. Y vos juzgais?...

REINA. Juzgo que á Leonor salvais.

BERNARDO. Temblar, señora, me haceis!

REINA. Ved á cuanto la espondeis
oponiéndoos á su union
con Cardona...

BERNARDO. No es razon
que á vuestra voz me resista...

(*El rey y Girona asoman por la segunda puerta de la derecha. Trastamara y Ribagorza vienen detras.*)

GIRONA. (*Al rey.*) Ved, señor; á vuestra vista!

REY. Me ciega la indignacion!

REINA. (*A D. Bernardo.*) El rey!... Callad por ahora...

(*Yendo hácia el rey.*)

A tiempo llegais; señor,
de pediros un favor.

REY. (*Adelantándose seguido de Girona y de los condes.*)

¿Por qué mi favor implora
la que es de Aragón señora?

REINA. Deseára ver capitan

de vuestra guardia á don Juan,

(*Señalando á Osona.*)

y su padre lo resiste...

REY. Razon sin duda le asiste...

acaso tenga otro plan...

BERNARDO. Señor!...

REY. (*Con intencion*) Ó bien satisfecha

ya su ambicion, solo ansía

conservar lo que hasta hoy dia

alcanzó!...

BERNARDO. (*Ap.*) De mí sospecha!...

REINA. Mas vuestra bondad desecha?...

REY. Vuestra peticion?... No tal;

mas cargo tan principal

no pudiendo estar así

vacante, al conde lo di

de Ribagorza... (*á D. Bernardo.*) Hice mal?

BERNARDO. Nunca obró mal vuestra alteza!

REY. (*Con señalada intencion.*)

Si lo obré alguna ocasion,

fue por seguir la opinion

de alguno.—¿Os causa estrañeza

don Bernardo, mi franqueza?

BERNARDO. No señor: mi admiracion

es ver que un gran corazon

pueda tan presto variar,

quando en él llega á infiltrar

su veneno la traicion.

REY. Traicion!... Qué quereis decir?

BERNARDO. Nada...—Que busqueis, señor,

otro súbdito mejor
que os pueda mejor servir!

(A sus hijos.)

Vamos, hijos, á vivir
en otro ambiente mas sano;
que á pesar del odio insano,
tendran en mí, como es ley,
un leal súbdito el rey,
la patria un buen ciudadano!

(Coge á sus hijos de las manos, y cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO III.

Salz en casa de D. Bernardo.—Una puerta en el fondo.—Dos á la derecha del espectador.—A la izquierda una puerta secreta, disimulada en la pared.—La habitacion estará suntuosamente alhajada.

ESCENA PRIMERA.

TRASTAMARA.—RIBAGORZA.

- TRAST. Fué burla, por vida mia,
el mandarnos aquí entrar.
- RIBAGORZA. Nos hizo un hora esperar
con suma descortesía.
- TRAST. Decid: estais persuadido
de que volverá Cabrera?...
- RIBAGORZA. No, conde: si lo creyera,
aquí no hubiera venido.
Quiero la llaga enconar
que lacera el corazon
del rey: con esta intencion
logré que á hacerle llamar
se decidiera hoy por fin:

- el almirante orgulloso
se negará, ó receloso...
- TRAST. Y si mañana el clarín
vuelve á sonar de la guerra,
tornará á ser el atlante
de este reino, el almirante!
- RIBAGORZA. Si aun está sobre la tierra!
¿Pensais que un príncipe olvida
agravio tal?...
- TRAST. No es probado...
- RIBAGORZA. Mas él vengarse ha jurado;
que es muy punzante la herida.
- TRAST. Resuelto estará á vengarse,
mas tiene que convencerse,
y este supo precaverse...
- RIBAGORZA. Ni aun así podrá salvarse!

ESCENA II.

DICHOS.—DON BERNARDO.

- BERNARDO. (*Saliendo por la primera puerta de la derecha.*)
Disimuladme, señores:
no he sabido hasta este instante
vuestra visita...
- TRAST. Almirante...
- BERNARDO. No tengo ya esos honores...
—Mas decidme la razon
que os impulsó aquí á venir.
Púedoos en algo servir?
- RIBAGORZA. Esa no fué la ocasion...
- BERNARDO. Entonce, al hogar oscuro
de un caido ¿á qué venís?
- RIBAGORZA. Y vos no lo presumis?
- BERNARDO. No, señor conde, os lo juro,
no entiendo á qué habeis venido...
- RIBAGORZA. No lo quereis entender...
- BERNARDO. Acaso...
- RIBAGORZA. Os vengo á ofrecer...
- BERNARDO. ¡Algun honroso partido...
digno de vos!... Qué? Juzgais
que las calumnias ignoro

- con que herísteis mi decoro?
- RIBAGORZA. Ved, señor, que os engañáis.
El rey me envía á buscaros:
si injusto os pudo agraviar,
quiere su error reparar;
y vos no podeis negaros...
- BERNARDO. ¡Vuestro saber mucho alcanza,
conde!... Al rey podeis decir,
que mal le puede servir
quien perdió su confianza!
- TRAST. ¿Y os negareis, vive Dios,
á la súplica cortés
de vuestro rey?
- BERNARDO. Eso es
gran delito, segun vos?
¿No veis, conde, que á mis años,
por leal que el alma sea,
es natural que prevea
de la corte los engaños?
- TRAST. No sé que quereis decir...
- BERNARDO. Que me quereis engañar,
y mi ruina consumir!...
- RIBAGORZA. Ved...
- BERNARDO. En vano es insistir:
conocí vuestra intencion...
- TRAST. ¿Sospechais, el de Cabrera,
que me insultais?...
- BERNARDO. Si eso fuera,
faltára acaso razon?
- TRAST. Parad mientes, don Bernardo:
hablais á un príncipe real!
- BERNARDO. A un súbdito desleal...
príncipe, sí; mas bastardo!...
- TRAST. Por el Dios sumo!... Temblad!...
- BERNARDO. De nada sirve el furor...
- RIBAGORZA. Vos provocais su rencor...
- BERNARDO. Yo hablo siempre la verdad!
Bastarda fué vuestra cuna,
bastardos vuestros destinos,
bastardos son los caminos
que os llevan á la fortuna!
Llaman al rey de Castilla

crüel, porque como rey
blande airado de la lëy
la justa, imparcial cuchilla!
Tigre iracundo le llama
vuestro rencor embustero,
cuando de rey justiciero
solo merece la fama!

Decis que es férreo su yugo,
porque quereis destronarle;
y añadís por afrentarle,
que es de su raza verdugo:
¡vive Dios! que la opinión,
anda estraviada á mi ver:
¿qué otra cosa pudo hacer
un rey de gran corazon?
Negra faccion enemiga,
turba constante su tierra:
¿qué mucho, si de tal guerra
á los fautores castiga?

Que si en raptos inhumanos
de su sangre holló los fueros,
fué con tigres carniceros;
que tigres son sus hermanos!

TRAST. Vive el cielo!... (*Echando mano á la espada.*)

BERNARDO. Me estravia,
es verdad, mi pensamiento;
—fué hablar así en tal momento,
notable descortesía!

Perdonad: fué involuntario
olvido que padecí:
sagrado sois para mí
en mi hogar hospitalario!
De lo dicho en vuestra mengua,
no me puedo atras volver,
que el brazo ha de sostener
lo que pronuncia la lengua!
Mas si os juzgais agraviado,
os daré, como es razon,
cumplida satisfaccion
en campo abierto ó cerrado!

TRAST. (*Con reconcentrado furor.*)
Descuidad... pena no os dé...

BERNARDO. Como vos gusteis, señor...

TRAST. Manchásteis mi limpio honor;
pero yo me vengaré!

BERNARDO. Afirmad la planta incierta;
ved que vais por mal camino...

(Los condes se dirigen hácia la puerta del fondo, á tiempo que entran por ella Cardona y Osona.)

(A Osona.) Hijo te traje el destino:
sirve al conde hasta la puerta!

(Salen los condes precedidos de Osona.)

ESCENA III.

DON BERNARDO.—CARDONA.—*Luego, OSONA.*

CARDONA. ¿Qué buscaban esos hombres
en vuestra casa, señor?

BERNARDO. De parte del rey vinieron...

CARDONA. Sin duda se arrepintió
de haber con vos desplegado
aquel injusto rigor...

BERNARDO. No, vizconde, á la venganza
ya avezado el corazon,
llamábame, estoy seguro,
para dar á su furor
sí no visos de justicia,
apariencias de razon...
Mas de otras cosas hablemos...
en mi cuita os fuí deudor
de tan hidalgo cariño,
que casi casi me doy
parabien de mi desgracia,
que amigo de tal valor
me atrajo....

CARDONA. Negais, empero,
á mi ardorosa pasion
un premio tan anhelado....

BERNARDO. Cuando blanco del rencor
de tan crudos enemigos
me veo, gran sinrazon
fuera, vizconde, envolveros
tambien en el riesgo á vos....

- CARDONA. ¿Y qué importan los peligros,
si es tan alto el galardón?
- BERNARDO. Tened, vizconde, mas calma....
Mas Osona aquí se entró.... (*Entra Osona*).
Y bien?....
- OSONA. Los fui acompañando,
hasta dejar á los dos
calle adelante, gran trecho....
- BERNARDO. Qué digeron?...
- OSONA. Se volvió
Trastamara, á mí sañudo,
gritando con ronca voz:
«Le direis á vuestro padre,
«que si mi gran corazon
«nunca olvidó un beneficio,
«nunca un agravio olvidó!»
Y cogiéndose del brazo
del otro conde traidor,
calle adelante siguieron
sin mas palabras los dos.
- CARDONA. Miedo me dan sus palabras!
- BERNARDO. Quien culpa no cometió,
en la paz de su conciencia
debe encontrar fé y valor!

ESCENA IV.

DICHOS. LEONOR.

(*Leonor sale por la segunda puerta de la derecha*).

- CARDONA. (*Yendo hácia ella*). Dios os guarde, Leonor mia!
- LEONOR. Osona, Rogerio, Dios
os defiendan! (*A don Bernardo*). Una tapada
pretende hablaros, señor
- BERNARDO. Qué quiere?
- LEONOR. Dice que viene
á buscar en su afliccion
consuelo en vuestro poder.
- BERNARDO. ¿No sabe que ya no soy
mas que un hombre perseguido,
cuyo poder derrocó

la traidora y torpe saña
de una cobarde faccion?
Mas no importa, dila que entre:
acaso pudiera yo
ser útil á la infelice.... (*Sale Leonor*).
La mejor satisfaccion
que da el cielo al poderoso,
es que en la cuita mayor,
pueda acaso al desvalido
volverle el bien que perdió,
restituyendo la calma
á su triste corazon!

(*Entra Leonor, trayendo de la mano á la reina, que viene cubierta con un manto.*)

BERNARDO. (*Yendo á su encuentro*). Decidme vuestra desdicha:
los que veis en derredor
son mis hijos....

REINA. Todos buenos,
todos grandes como vos!....
mas no puedo en su presencia....

BERNARDO. Idos hijos, que el dolor
tiene tambien sus misterios.
(*Vánse Cardona, Osona y Leonor*).
(*A la reina*). Ya estamos solos los dos.

ESCENA V.

LA REINA. DON BERNARDO.

REINA. Héme aquí! (*Descubriéndose*).

BERNARDO. Vos señora!... Con mi vida
pagara á corto precio la ventura
que causa al corazon vuestra venida!
Mas disipad mi incertidumbre oscura:
¿á qué viene la altiva soberana
que venera Aragon, al pobre techo
de su vasallo humilde?

REINA. Esta mañana
oí quejarse al rey, con gran despecho,
porque os negabais vos á su servicio
habiéndoos él llamado....

BERNARDO. Gran señora,

¿no veis que de esos condes, la traidora enemistad; me llevà al sacrificio?

REINA. De qué condes hablais?...?

BERNARDO. De Trastamara....

REINA. Qué puede contra vos un extranjero?

BERNARDO. Y Ribagorza?

REINA. Es noble caballero,
y vuestro amigo fiel.—Fineza rara
ha mostrado por vos: con ruego amigo
me obligó á prometerle que yo misma
vendria á convenceros....

BERNARDO. Oh!—Me abisma
tan malvada intencion!... Es mi enemigo
el conde, mas cruel y encarnizado:
enemigo mortal también es vuestro;
y el traidor, tan infame como diestro,
á este paso indiscreto os ha arrastrado
con astucia infernal....

REINA. ¿Estais Cabrera
seguro?

BERNARDO. Ay!... Ojalá no lo estuviera!

(Yendo á cerrar la puerta del fondo, cuyo cerrojo interior corre.)

No lo dudeis, el rey sabe á esta hora
que en mi casa os hallais; por Dios señora!
¡ya que me pierda yo que vos al menos
os salveis!...

REINA. Si en su rabia maldecida
han resuelto perderos; ¿qué ventura
mayor pudiera hallar en mi amargura
qué yo tambien sacrificar mi vida!

BERNARDO. Señora, qué decís?...

REINA. Y qué?... olvidásteis
de mi cariño inmenso la ternura?

BERNARDO. ¡Pluguiera á Dios!...

REINA. Tal vez lo deseásteis?

Ah! No sabeis amar!... Yo en esta hoguera
que me abrasa y consume solo vivo:
y si su fuego amante se extinguiera,
ni un instante á su amor sobreviviera
mi laceado corazon cautivo!

Yo necesito amar!... De sus dolores
se alimenta mi alma enamorada;

de ellos á vos preséntome adornada,
como la casta vírgen de albas flores
se presenta á su esposo coronada!

BERNARDO. Señora, por piedad!...

REINA. Dejad que el llanto
libre brote una vez: que la voz mia
os diga entero su mortal quebranto:
fueron tanto los años de agonía!
y en tanto tiempo, ay Dios! sufrí yo tanto!...
Y en tal pesar y tan amargo lloro
pensando en vuestro amor, aquí guardaba
(*Tocándose el corazon.*)

de consuelo un riquísimo tesoro...

Mas... mísera de mí que me engañaba!

BERNARDO. No os engañábais, no; porque os adoro!

REINA. (*Arrojándose á sus brazos.*)

Ah! decidlo otra vez y muera luego!

BERNARDO. (*Estrechándola contra su pecho.*)

Os amo, sí; os adoro con delirio!

(*Apartándose como espantado.*)

Mas, qué dije? ay de mí! insensato y ciego!

¿dónde nos lleva este culpable fuego?

A vos, al deshonor; á mí al martirio!

Señora, huid de sitios tan fatales!

¡que si solo espusiera yo mi vida,

feliz muriera á vuestros pies reales!

Mas corre, atravesando estos umbrales,

mil riesgos vuestra fama esclarecida!

REINA. Qué importa el deshonor?... ¿Y qué es la muerte

al que en el llanto y la amargura vive?

Oh! Si me amárais vos, fuérais mas fuerte!

Inflamada en su amor, mi alma recibe

impávida los tiros de la suerte!

BERNARDO. Qué ingrata sois, qué injusta sois, señora!

?Porque vos os quejeis sois mas amante?

¡Cuánto es mas infeliz que aquel que llora,

el que en silencio y soledad devora

en su pecho el dolor, crudo y constante!

¿Pensais que un solo instante héme olvidado

de vuestro tierno amor?—Si en las batallas,

acaso me mostré el mejor soldado,

si el primero subia á las murallas,

era por vuestro nombre idolatrado!
Pensando en vos, mas noble, mas valiente,
látia el corazon; si acaso ansiaba
en el delirio de mi amor demente,
guerreros lauros con que ornar mi frente,
era por digno ser de la que amaba!
Y en el tumulto de la lid reñida,
y en el silencio de mi viudo lecho,
por vos, por vuestra imagen tan querida,
pensaba el alma y palpitava el pecho;
que sois la luz y el alma de mí vida!
Ah! no os quejeis de mí!...

REINA. ¡Perdon, Cabrera,
perdon, ingrata fui! (*Queriendo arrodillarse.*)

BERNARDO. Señora, alzaos!
Mucho tiempo pasó... ved que pudiera
alguien venir... partid... apresuraos!...

REINA. Os obedeceré... mas vos, salvaos!...

REY. (*Desde fuera y golpeando en la puerta del fondo.*)
Abrid!

REINA. La voz del rey!

BERNARDO. Estais perdida!...

REINA. Qué importa?

BERNARDO. Ah! no! venid por esta puerta!
(*Arrastrándola hácia la puerta secreta.*)
No cede este resorte!...

REY. Abrid!...

BERNARDO. Incierta
la mano está!... Por fin!...

REY. Abrid!

REINA. Ahora
mi caballero, adios!... (*Dándole la mano.*)

BERNARDO. (*Besándola.*) Adios, señora!

(*Va á abrir al rey. La reina sale por la puerta secreta deján-
dola ligeramente entreabierta.*)

ESCENA VI.

EL REY. DON BERNARDO.

(Al entrar el rey dirige una rápida ojeada á todos los ángulos de la habitacion.)

REY. Tardásteis mucho en abrir!

BERNARDO. Calmad, señor, vuestro enojo!

REY. Es leal ese cerrojo!...

BERNARDO. Hace bien!...

REY. Puede encubrir,
entrevistas criminales,
conciliábulos traidores...
No han menester guardadores
los que á su rey son leales.

BERNARDO. Agraviais, señor, mi fé...

REY. Luego yo el injusto he sido?

BERNARDO. Porque me juzgo ofendido,
vuestro servicio dejé.

Que nada sirven las leyes
ni las mas altas acciones,
cuando agitan las pasiones
el corazon de los reyes!

Por eso én la mar airada,
volví, buscando un asilo,
al puerto oscuro y tranquilo
de la existencia privada.

Dejadme en él, pues, señor,
ya que en el contrario viento,
mi brazo y mi pensamiento
hán perdido su vigor;

que en aquesta oscuridad
en que mas tranquilo moro
os guardo entero el tesoro
de mi amor y mi lealtad!

REY. Amor!... Lealtad!—¿Con quien
hablávais cuando he llamado?

BERNARDO. Señor!...

REY. La habeis ocultado!

¿Dónde está?

BERNARDO. Señor!...

- REY. Muy bien...
Miente el leal caballero!
- BERNARDO. Señor, señor, por piedad!
¡Que me den muerte ordenad...
no me llameis embustero!..
- REY. ¿Estábais solo?
- BERNARDO. Señor...
estaba aquí otra persona.
- REY. ¡Juro á Dios y á mi corona,
lavar con sangre mi honor!
¿Quién éra?
- BERNARDO. Señor!..
- REY. ¿Quién era?
- BERNARDO. Decidlo presto!..
- BERNARDO. Una dama!..
- REY. ¿Quién era?.. ¿Cómo se llama?
- BERNARDO. ¡Nunca os lo dirá un Cabrera!
- REY. (*Exasperado.*) ¿No lo dirás, vil traidor?..
¡Lo pagarás con la vida!
- BERNARDO. ¡La muerte no me intimida
con tal que salve mi honor!
- REY. (*Registrando apresuradamente la habitacion.*)
Mas... ¿cómo escapó?.. Entreabierta
miro allí una puerta oscura...
¡Es un secreto!.. ¡oh! ventura!..
- BERNARDO. ¡No os acerqueis á esa puerta!
(*Se interpone, deteniéndole con el ademán.*)
- REY. ¿Osas al rey detener?..
- BERNARDO. ¡Le impido una mala acción!
- REY. ¿No temes mi indignación?
- BERNARDO. No; si cumplo mi deber!
- REY. Atrás, ó mueres! (*Sacando la espada.*)
- BERNARDO. Señor!..
- REY. Atrás, digo! (*En ademán de acometer.*)
- BERNARDO. (*Sacando la suya.*) Y yo os advierto
que solo despues de muerto
cederé el paso!..
- REY. (*Arrojándose á él.*) Traidor!..
¿Contra tu rey el acero
osas blandir homicida?
- BERNARDO. Vasallo, os daré mi vida,
pero antes soy caballero! (*Riñen.*)

- REY. Villano, rinde la espada
ó serás ejemplo horrendo!..
- BERNARDO. Ved que solo me desafiando
contra vuestra mano airada!..
- REY. Mas el furor me estravia...
(Yendo hácia la puerta del fondo.)
- BERNARDO. (Ap.) ¡Gracias, Señor, se ha salvado!
- REY. Ola!.. mi guardia!.. Malvado
pagarás tu alevosía.
(Antes de entrar la guardia, vuelve el rey al centro de la escena.
Don Bernardo, despues de dicho el último verso, va al en-
cuentro del rey, dobla una rodilla, en tierra, y le presenta su
espada. En está posición se encuentra cuando entra la guar-
dia capitaneada por Ribagorza.)
- BERNARDO. Ved aquí, señor, la espada
que en mas de una lid reñida,
os dió á riesgo de mi vida
el premio de la jornada!
Tomadla vos, que no es ley
que alhaja de tal valor,
ya que pierda á su señor,
la posea otro que el rey!
- REY. (A Ribagorza.) Conde, tomad esa espada,
y al almirante á prision
llevad luego!..
- BERNARDO. (Poniéndose en pie.) No es razon
que esta hoja inmaculada,
la toquen traidoras manos.
¡Adios mi valiente acero!
¡Fuiste de un buen caballero...
nunca sirvas á villanos!
(Rómpela en dos y tira los pedazos.)
- REY. (A Ribagorza.) Llevadle luego á prision
y que le juzgue la ley!
- BERNARDO. Vamos, conde.—Viva el rey!
(Salen por la puerta del fondo.)
- REY. Qué esforzado corazon!..
(Va á salir por la puerta secreta, cuando entra por
ella la reina: el rey retrocede asombrado.)

ESCENA VII.

EL REY:—LA REINA.

- REINA. Dejadme el paso, señor!..
- REY. (*Con alegría cruel.*) No os pudisteis escapar!..
- REINA. No quise... que os vengo á dar,
ejemplo de fe y valor!
- REY. ¡O atrevimiento inaudito!
Vinisteis aquí en mal hora!..
Vuestro cómplice, señora,
de ambos pagará el delito!
- REINA. Ved, don Pedro, lo que haceis!
- REY. El amor os trae demente!..
- REINA. Buscábais un delincuente?...
Pues bien... aquí me teneis!
Yo vine aquí sin la anuencia
de don Bernardo, os lo juro:
nada en la tierra hay mas puro
que el crisol de su inocencia!
Caiga, pues, vuestro furor
solo sobre el que es culpado!
- REY. (*Irónicamente.*) ¡Me dejáis, reina, admirado!
¡Es muy grande vuestro amor!
—¡No salvará al criminal
vuestro rogar importuno!
- REINA. ¡Jamás tuvo rey alguno
un súbdito mas leal!
- REY. Vos misma la mancha impura
que cayó sobre mi honor,
reveláisme así!..
- REINA. ¡Mi amor
os niego yo por ventura?
¡Amo á Cabrera, por Dios,
desde el punto en que le ví,
y si culpada no fuí,
á él lo debemos los dos!
¡Diera en tierra mi flaqueza
de esta pasión al embate,
á no entrar en el combate
su varonil fortaleza!..
- REY. (*Ap.*) Y no poderme vengar

(*Paseándose apresurado.*)
de esta liviana muger!..
¡Ira de Dios!.. mi deber
me manda su honra guardar!
Empero cuando tal cuenta
del honor de mi corona
torpe me da!—¿Y quién pregona
al mundo su propia afrenta?..
Y esos condes?.. callarán
de mis iras por temor...
Y á vengarme del traidor,
sus émulos bastarán!..

REINA.

¿Dudais... señor?

REY.

(*Con irónica frialdad.*) En palacio
van á notar vuestra ausencia...
estar aquí es imprudencia...

REINA.

¿Qué respondeis?

REY.

Mas despacio
hablaremos si gustais.
Por esa puerta salid!..

(*Señalándole la puerta secreta.*)

REINA.

Voy... sí; pero antes decid...

REY.

Es inútil que insistais.

¡Para salvarle ya es tarde!

REINA.

¿De matarle habreis valor?..

REY.

¡Loca estais, doña Leonor!..

REINA.

¡Don Pedro... sois un cobarde!..

(*El rey impele á la reina hácia el pasillo secreto y cae el telon.*)

ACTO IV.

Prisiones del palacio arzobispal.—Calabozo abovedado y casi subterráneo.—Algunas estrechas aberturas en la parte superior de las paredes, por donde á su tiempo penetrará la luz del día.—En uno de los ángulos del calabozo, una especie de celda en donde se supone que está la cama de D. Bernardo.—En el centro una mesilla y cerca un sillón y un banco de madera. Una lámpara colgada de la bóveda, alumbra escasamente la escena.

ESCENA PRIMERA.

D. BERNARDO.—LEONOR.—EL CARCELERO.

CARCELERO. (*Entrando con una cesta de provisiones.*)

Ea! valor, caballero!

Desde que aquí os encerraron,

entre vos y esta doncella

ni por valor de un cornado

habeis comido ó bebido;

y por mi patrono santo!

de esta suerte hallo imposible

que podais vivir entrambos.

Ea! comed, por mi vida!

Brava cena es la que os traigo!

Mirad!... bocados mejores

no los cata un arcediano.

Y el vino?... mas generoso
no lo produce el Maestrazgo.
Buen ánimo y dad en ello!
que para sufrir quebrantos,
decia una abuela mia
que no bay como estar muy harto.

BERNARDO. Gracias, buen hombre; la cesta
poned por allí y dejadnos;
que cuando no hay apetito...

CARCELERO. Como vos querais, nuestramo;
tambien decia mi abuela:
«sin gana es mejor dejallo.»
—Conque hasta luego.—Teneis
algo que mandar?.. Aguardo
por si os ocurre...

(*Mientras que se va acercando á la puerta, hace señas á don Bernardo.*)

BERNARDO. (*Yendo hácia él.*) Qué es ello?

CARCEL. (*A media voz.*) Escuché esta noche al paso,
á uno de esos señorones,
que mañana muy temprano
vendrian... á qué dijeron?..
Ah! ya estoy: á interrogaros.
Yo os lo aviso, por si puede
serviros que de antemano
lo sepais...

BERNARDO. Gracias, amigo,
sois sensible como honrado;
no olvidaré este favor... (*Dándole la mano.*)

CARCELERO. Yo á mis deberes no falto
con este aviso... hasta luego!
Señora... con Dios quedaos. (*Vase.*)

ESCENA II.

D. BERNARDO.—LEONOR.

LEONOR. Que os decia ese hombre, padre mio?

BERNARDO. A consolar mis penas se esforzaba...

LEONOR. Copioso el llanto de piedad surcaba
á lo largo del duro rostro frio,
y en parecer alegre se empeñaba!

- Aun hay pechos sensibles en el mundo!
Muy pocos por desgracia van quedando!
De ello es ejemplo mi dolor profundo!
—Té empeñaste en venir, hija del alma,
este aire á respirar, que da la muerte!
No puede en esta atmósfera maldita
vivir ninguna flor.—De grata calma,
de calor fecundante necesita
tu tierna juventud...
- LEONOR. ¿Solo un ser fuerte
capaz será de amor?—A vuestro lado
me encuentro mas feliz, padre adorado;
que mi dolor olvido y mi flaqueza
ante vuestro valor y fortaleza!
- BERNARDO. Mas duerme un breve instante, prenda mia;
ese insomnio crüel va marchitando
las flores de tu rostro encantador...
- LEONOR. No, no me lo pidais; de esta sombría
prision, las negras bóvedas, alejan
de mis ojos el sueño bienhechor,
y ni llorar en libertad me dejan!
Y cuando la enlutada soberana,
de las tinieblas hondas, con su manto
cubre de horror y lobreguez el mundo;
ese silencio aterrador, profundo,
que reina por do quier, llena de espanto
mi pobre corazon!—No, padre mio,
no me pidais que duerma...
- BERNARDO. Pobre niña!
Flor celestial que el soplo tremebundo
del huracan asolador, bravío,
combate, cuando apenas los olores
del cáliz virginal de mil colores
á embalsamar brotaban la campiña!
—Qué delito es nacer? —Mas los albores
miro brillar del renaciente dia...
Reclínate, Leonor, un breve instante;
del cuerpo y del espíritu anhelante,
el susto y el dolor y la agonía,
el sueño calmará, blando, apacible
con su influjo de amor vivificante!
- LEONOR. Y así en silencio y soledad horrible

os habré de dejar?

BERNARDO. Yo te lo ruego...

Mira del padre sol los rayos puros,
atravesando los espesos muros
de esta negra prision, dó vivo ciego,
en diáfano raudal, luz y alegría
traer al preso que aherrojado llora!...
cuan bella para el mísero es la aurora!
—No te acuestas, Leonor?

LEONOR. Sí; mas roguemos
al que esa luz hermosa nos envia
que nos vuelva la paz... quereis?

BERNARDO. Oremos!

(*Entrambos se arrodillan, y Leonor canta la siguiente plegaria.*)

Di vino espíritu,
sumo Señor!
oye la súplica
de mi dolor.
Desde tu espléndido
trono de luz,
benigno apiádate
de la virtud!

—
Númen benéfico
que paz y amor
vuelves al mísero
que á tí clamó:
calma tu cólera,
Dios de bondad,
y estas mis lágrimas
ven á enjugar.

BERNARDO. Ángel de paz, la bendicion del cielo
(*Poniéndose en pie.*)
descienda sobre tí, cual de la aurora
en gotas diamantinas el rocío
de la flor en la espléndida corola!
—Reclínate, mi bien....

LEONOR. Voy.... sí.... entretanto
no lloreis, padre mio; que el que llora
solo, es mas infeliz; muy mas amargas

cuando el dolor nuestra existencia azota,
las penas son que sufre un desgraciado,
las lágrimas son ¡ay! que corren solas!
Adios, padre! (*Abrazándole*).

BERNARDO. (*Llevádola hácia la puertecilla y besándola en la frente y los cabellos*).

Leonor, adios mi vida!
Puedas ser en el sueño mas dichosa!
(*Cierra la puerta y se sienta en el sillón*).

ESCENA III.

DON BERNARDO.

Ya no pueden tardar, que corre el tiempo
con marcha auu mas pausada y perezosa
que para el infeliz, para el malvado,
si hollar pretende la virtud que odia!
Tardan ya, por mi fé!... Si despertara
mí Leonor infeliz.... ¡Cuán horrorosa
situacion!... El piadoso carcelero
me dijo que vendrian á la aurora....
á interrogarme dijo.... qué me quieren?...
—Pero, sino me engaño, en esas bóvedas
el eco oigo sonar de sus pisadas....
Si... no hay duda... ellos son... valor ahora!

ESCENA IV.

DON BERNARDO.—EL DUQUE DE GIRONA.—LOS CONDES DE TRAS-
TAMARA Y DE RIBAGORZA.—GARGI-LOPEZ DE LUNA.—*Varios jueces, el verdugo y dos ayudantes suyos.*

BERNARDO. (*Poniéndose en pie*).
Guárdeos, mi príncipe, Dios!
Salud, señores!

GIRONA. Callad!...
—Garci Lopez, preguntad
al reo!

BERNARDO. Por qué no vos?
GARCÍ-LOP. Acusado sois Cabrera,
de haber torpe aconsejado

al rey, en mal del Estado,
y en pro de gente extranjera.

BERNARDO. Precisad la acusacion...

GARCI-LOP. Primero, en la paz y alianza
con Venecia...

BERNARDO. La pujanza
fundé en ello de Aragon.
Que con la firme amistad
de la altiva señoría,
vencí con tenaz porfía
la genovesa maldad.

GARCI-LOP. Del tesoro aragonés
gastasteis con larga mano...

BERNARDO. Lo que tomó el veneciano
nos lo pagó el genovés.

GARCI-LOP. De los reveses sufridos
en Cerdeña, se os acusa...

BERNARDO. Mi lábio atender rehusa
á cargos no merecidos;
y por quien soy!..

GIRONA. Don Bernardo,
poned á la lengua valla!..

BERNARDO. Gané mas de una batalla
por tierra y por mar al Sardo!

GARCI-LOP. Grandes tesoros juntásteis
segun prolijas memorias...

BERNARDO. Fueron premio á mis victorias!

GARCI-LOP. Con rebeldes conspirásteis!

BERNARDO. Formaron conspiracion
contra un leal caballero,
con un príncipe extranjero,
dos príncipes de Aragon!

GIRONA. Proseguid!.. que ya estoy harto
de la audacia de este hombre!

BERNARDO. Esperad, diré su nombre!..
Primero: don Pedro el cuarto
de Aragon: y fué el segundo,
y el que el negro plan fraguara,
el conde de Trastamara:
y para espanto del mundo,
fué el conspirador tercero,
mi pupilo el de Girona,

príncipe real, que blasona
de cristiano y caballero!

GIRONA. Juro á Dios!...

BERNARDO. Fueron tambien

de este enredo tramadores,
otros mas ruines traidores!...

(*Mirando á Ribagorza*).

RIBAGORZA. Villano, la lengua ten!

BÉRNARDO. Villano á mí?... Por Dios vivo,

que si tuviera una espada...

mas vuestra lengua es osada
contra el que gime cautivo!

GARCI-LOP. A muerte vil condenásteis
con alma torcida y rea,
al noble don Juan de Urrea....

BERNARDO. Vos mismo lo delatásteis!

GARCI-LOP. Sin su defensa escuchar,
quebrantando así la ley...

BERNARDO. Quebrantóla el mismo rey;
que el rey lo mandó matar!

GARCI-LOP. Obedecer no debísteis...

BERNARDO. Harto me pesa, en verdad!...

GARCI-LOP. Fue terrible iniquidad!

BERNARDO. Que vos tambien cometísteis!

GIRONA. Proseguid la acusacion!

GARCI-LOP. Tratasteis (negra mancilla!)
con don Pedro de Castilla...

BERNARDO. Fue en provecho de Aragon!..

GIRONA. Proseguid!..

GARCI-LOP. No hay mas escrito...

GIRONA. Ora, en el nombre de Dios...

BERNARDO. Y osais invocarlo vos?..

GIRONA. Confesad vuestro delito!

BERNARDO. De todo estoy inocente!

GIRONA. Los cómplices revela,
sino, no espereis piedad!

BERNARDO. A un pecho noble y valiente
no le intimida el morir!

GIRONA. La muerte en sí es un momento!

BERNARDO. (*Estremeciéndose al reparar por primera vez en el
verdugo que hasta entonces habrá permanecido oculto.*)

—Pretendeis darme tormento?

- GIRONA. Vais el tormento á sufrir!
- BERNARDO. (*Resuelto.*) Lo sufriré!.. qué mas da?
- GIRONA. Al punto!
(*Hace una seña al verdugo, el cual con sus ayudantes se apodera de don Bernardo.*)
- BERNARDO. Aguarda un instante!
- GARCÍ-LOP. Confesais?
- BERNARDO. (*Al verdugo.*) Rumor bastante este mazo causará? (*Tomándolo.*)
- VERDUGO. Si señor...
- BERNARDO. Pues haz de modo que hasta allí no llegue el ruido;
(*Señalando la puerta que oculta á Leonor.*)
y atormenta decidido,
aunque me desgarres todo!
- TRAST. (*A Ribagorza.*) Es de mármol!
- VERDUGO. (*A Girona.*) Gran señor,
está cubierta de heridas
esta pierna...
- BERNARDO. Recibidas
todas fueron con honor!
- GIRONA. (*Al verdugo.*) Sigue!..
(*El verdugo golpea sobre las cuñas.*)
- BERNARDO. (*Al verdugo.*) Con mas precaucion!
- GIRONA. (*Al verdugo.*) Espera!..
(*A don Bernardo.*) Confesareis?
- BERNARDO. (*A Girona con soberano desden.*)
—Mi hija duerme... lo entendeis?
- TRAST. (*A Ribagorza.*) De acero es su corazon!
(*Girona hace una seña al verdugo que continúa golpeando.*)
- GARCÍ-LOP. (*Enternecido.*) Confesad, por Jesucristo!
- BERNARDO. (*Al verdugo.*) Vé que no llegue el rumor.
á donde está mi Leonor!..
- RIBAGORZA. (*A Trastamara.*) Nunca tal valor he visto!

ESCENA V.

DICHOS. LEONOR.

- LEONOR. (*Saliendo sobresaltada.*)
—Padre mio! qué sucede?..
- BERNARDO. Nada... El duque de Girona,

que mis hechos galardona
del mejor modo que puede!

LEONOR. Gran Dios!.. dejadme acercar!
(A los jueces que se interponen impidiéndola ver lo que pasa.)

GIRONA. (Al verdugo.) Basta!—Venid, caballeros,
á obrar como justicieros!

GARCI-LOP. (A media voz á don Bernardo.)
—Ved que os van á condenar!

(Don Bernardo se encoge de hombros.—El verdugo deja á don Bernardo y sale con sus mozos detras del duque y los demas.)

ESCENA VI.

DON BERNARDO. LEONOR.

LEONOR. (Arrojándose en los brazos de su padre.)
—Qué os hacian, padre mio?

BERNARDO. Nada...

LEONOR. Qué pálido estais!..

BERNARDO. No, hija mia...

LEONOR. Trasudais... ..

Estais como el mármol frio!

BERNARDO. Fue un desmayo... ya pasó...

LEONOR. Muy recio fue?..

BERNARDO. Si; terrible!

LEONOR. Gracias á un ensueño horrible

que mi sueño interrumpió,

hème, padre, á vuestro lado...

Ya no me vuelvo á acostar,

porque os quiero acompañar...

Cómo estais?...

BERNARDO. Muy mejorado!..

LEONOR. Mas ese sudor glacial...

(Al ir á enjugar el sudor del rostro de su padre, tropieza con una de sus piernas.)

BERNARDO. Ay!

LEONOR. Qué os aqueja, señor?

BERNARDO. Cuán poco es nuestro valor!

LEONOR. Qué fué?

BERNARDO. Que me hiciste mal!

LEONOR. Mal... dónde?.. cómo?.. Ah!.. qué veo?..

(Reparando en la sangre.)

Hay sangre en vuestro vestido!..
¿Qué es lo que aquí ha sucedido?..

BERNARDO. Que han dado tormento al reo!

LEONOR. Tormento á vos?.. Los crüeles
no respetaron en vos,
ni la virtud, que es de Dios,
ni vuestros nobles laureles!..
Trató la negra faccion,
como al mayor criminal,
al hombre mas principal
que honra el suelo de Aragon!

Villanos, ruines villanos,
falange vil de traidores,
que en tan ínclitos honores
poner osasteis las manos:
juro al cielo que me escucha,
ni un momento descansar,
hasta llegarme á vengar
ó perecer en la lucha!...

Y para hallar auxiliares
en esta sagrada guerra,
recorreré la ancha tierra,
surcaré los vastos mares!

De puerta en puerta, llorosa,
de clima en clima, vagando,
iré al mundo demandando
una justicia horrorosa!...

Y si mi llanto no alcanza
nada con hombres ni leyes,
yo daré á pueblos y reyes
ejemplo de mi venganza!...

BERNARDO. Cálmate... Mas qué rumor?..

(Óyese un ruido prolongado hácia uno de los ángulos del calabozo).

se escucha por esa parte?..

¡Ay!..

LEONOR. El alma se me parte,
padre, con vuestro dolor!

BERNARDO. Calla, hija mia... escuchemos...

LEONOR. El rumor ha enmudecido...

BERNARDO. Hácia aquella parte ha sido...

LEONOR. Vuelve á sonar!.. *(Vuélvese á oír el rumor).*

- BERNARDO. Esperemos!..
- LEONOR. Padre... Lo esperábais vos?
- BERNARDO. No, Leonor; yo nada espero...
- LEONOR. De impaciencia y susto muero!..
(*En este momento se desprenden varias piedras gruesas, dejando patente una abertura por la cual entra un hombre, espada en mano*).
- LEONOR. (*Cayendo de rodillas*).
Mi hermano!.. Gracias á Dios!..

ESCENA VII.

DICHOS.—EL VIZCONDE DE OSONA.

- OSONA. Que os vuelvo á ver, padre mio!..
¡Oh afortunado momento!..
- BERNARDO. Cómo entraste aquí?..
- OSONA. Ese cuento
no es de ahora.—Nuestro brio
por la fortuna ayudado,
entre esos antros oscuros,
salvando fosos y muros
nos abrió el paso anhelado
hasta vos...
- BERNARDO. No vienes solo?..
- OSONA. No señor...
- BERNARDO. Tus compañeros...
- OSONA. No temais: son caballeros,
y jamas cobarde dolo
empañó con su baldon
las hojas de sus espadas...
- BERNARDO. Aun hay almas denodadas
en el suelo de Aragon!..
- OSONA. Oh! sí!.. pero no perdamos
el tiempo... Padre, venid,
que nos esperan!..
- BERNARDO. Decid,
hijo mio, adónde vamos?
- OSONA. A dónde?.. Donde querais;
pero lejos de esta tierra
que tanta maldad encierra.

ESCENA VIII.

DICHOS.—EL VIZCONDE DE CARDONA.

CARDONA. (*Entrando*). Señores... mucho tardais!..

LEONOR. Rogerio!..

CARDONA. Leonor!..

BERNARDO. Vizconde!..

Gracias por vuestra venida;
mucho peleais por mi vida!..

CARDONA. Venid, señor!..

BERNARDO. Pero adónde?

CARDONA. Qué! No sabeis?—el camino
que una mujer misteriosa,
mas como un ángel piadosa,
y fuerte como el destino,
nos abrió; es un paso oscuro,
asaz difícil y estrecho,
pero conduce derecho
hasta mas allá del muro
de la ciudad.—Preparados
tenemos allí corceles,
y algunos amigos fieles,
bizarrísimos soldados.
Bajo su custodia amiga
pasar podeis la frontera,
burlando la saña fiera
de la falange enemiga;
y luego...

BERNARDO. No prosigais:
que de un vasallo es la ley,
obedecer á su rey,
advierto que os olvidais.
Mi rey me puso en prisiones;
el porqué no lo comprendo;
mas bien sé que no pretendo
eludir sus intenciones.

CARDONA. Resuelta ya de antemano
la mas inicua sentencia...

OSONA. Ved, señor, que es gran demencia
fiar así de un tirano!..

BERNARDO. Yo su vasallo nací:
si en mi daño se ensangrienta,
á Dios dará luego cuenta
de lo que hiciere de mí.

LEONOR. Pero morir inocente!..

BERNARDO. Estimaras por mejor
que muriese cual traidor?..

CARDONA. Ved que el riesgo es inminente!

BERNARDO. Harto lo sé; mas prefiero,
vizconde, en extremo tal,
á huir como un criminal,
morir como un caballero!

CARDONA. Y vuestros hijos, señor?..
En la horfandad é indigencia...

BERNARDO. Yo les dejo la amplia herencia
de mi inmaculado honor!..

OS. Y LEON. (*Arrojándose á sus pies.*)
Padre!..

BERNARDO. No así combatais
de mi tierno corazon
la firme resolucion!

LEONOR. A mis ruegos os negais!..

BERNARDO. Es mi deber.—Ahora oid!

OS. Y LEON. Padre, padre, por piedad!

BERNARDO. Es mi postrer voluntad...
Escuchadla, y la cumplid!

(*Los dos jóvenes se levantan y escuchan de pie y religiosamente las palabras de su padre. Este se dirige al vizconde de Cardona.*)

Luego que no se lo impida
la costumbre y el decoro,
os doy, vizconde, el tesoro
que mas amé en esta vida!
Quiero que encuentre Leonor
en su temprana horfandad,
asilo en vuestra lealtad,
consuelos en vuestro amor,
y puesto que vais á ser
su esposo, y sois caballero,
con justa razon espero
que me habreis de obedecer.
A mi hijo ruego, y á vos,

y si es preciso os lo mando;
que injusticias olvidando,
como nos lo enseña Dios;
y de odio y rencor agenos,
propios de almas mal nacidas,
gasteis haciendas y vidas
sirviendo al rey como buenos:
que el ser á su rey leales
de espada y de corazon,
es precisa obligacion
en varones principales!
—Ea, hijo mio, Leonor,
vizconde, por Dios, partid!
Que necesito advertid
hoy de todo mi valor!

OS. Y LEON. Padre!..

BERNARDO. Ved que es imprudencia;
perdimos tiempo bastante:
quisiera estar un instante
á solas con mi conciencia...

(El vizconde se dirige á la abertura del subterráneo, como que recuerda entonces una cosa importante.)

CARDONA. Ah señora!.. entrad... tal vez
podreis convencerle vos...

BERNARDO. Qué delirio!.. solo Dios
será en esta causa juez!

(Entra la reina, cubierto el rostro con un espeso velo.)

ESCENA IX.

DICHOS.—LA REINA.

REINA. *(Arrojándose á los pies de don Bernardo.)*
Ceded por compasion!—No á nuestros ruegos
tenaz os resistais!..

BERNARDO. Quién sois, señora?

Esa voz... pero no... ¿cómo es posible?

REINA. Huid, señor, huid!.. Ya el hacha pronta
vibra el feroz verdugo!.. Al noble pueblo
de Aragon, libertad de la oprobiosa

mancha que arrojará vuestro suplicio
en los nobles anales de su historia!
Huid, no os detengais!

BERNARDO. Alzad del suelo,
mujer crüel al par que generosa,
que así me aconsejais salve mi vida
al precio criminal de una deshonra!
Alzad, señora, alzad!.. Si el rudo labio
mi inmensa gratitud, abrasadora,
no os acierta á pintar, la siente el alma;
y su llama inmortal las fuerzas dobla
de mi flaca virtud!..

REINA. Pues bien! si ingrato,
la voz desestimando cariñosa
de la piedad filial; la voz amiga
de esta infeliz que á vuestras plantas llora;
á la muerte correis ciego, obstinado,
con ese frenesí que nos asombra;
mirad quien os suplica!.. (*Alzándose el velo.*)

BERNARDO. ¡O Dios!.. La reina!
(*Pugnando inútilmente por levantarse, mientras que los demas
demuestran en sus actitudes el mayor asombro. Don Bernardo
se arroja de nuevo en la silla.*)

Me es imposible!..—Pero vos, señora,
como espondeis á tan mortal peligro
la escelsa magestad de la corona?
Quién os trajo hasta aquí?

REINA. Mi desventura!..
Esta llama de amor devoradora,
que arde en mi corazon, cual Dios eterna!..
(*Arrojándose de nuevo á sus pies.*)

A mis ruegos ceded!.. La régia pompa
olvidad de mi clase soberana:
No de Aragon la reina poderosa
se arrastra á vuestros pies, soy la infelice
que su dicha y su amor á un tiempo llora!

BERNARDO. O señora... callad!.. Si os sorprendiesen
mis contrarios aquí!

REINA. Pensais que importa
á aquel que ya perdió hasta la esperanza,
del mundo la opinion?

BERNARDO. Y mi memoria?

¿No veis que si os encuentran los perversos
á mi lado, en las épocas remotas
se citará mi nombre con espanto,
mi raza se verá como traidora?..
Y vuestro amor crüel querrá arrancarme
de morir inocente la alta gloria?..
—Ademas, vos teneis otros deberes;
la matrona real de quien blasona
orgullosa Aragon, debe á su pueblo
intacta conservar su fama heróica!..
Que no pueden los reyes de la tierra
que de Dios representan la persona,
vivir ni obrar, como vulgares seres
de quienes nunca habló ni habla la historia!
(*Oyese ruido por la puerta de la prision.*)
Partid reina, partid!.. Ya se aproximan...
Hijo mio... Leonor, y vos, Cardona...
llevadla por piedad!.. ved que se pierde!..

OS. Y LEON. Padre mio!..

CARDONA.

Señor!..

BERNARDO. (*Estendiendo las manos sobre las cabezas de los jóvenes arrodillados á sus pies.*)

La poderosa
mano de Dios, vuestra horfandad defienda!
Hijos míos, adios!.. Adios, señora!..

(*Don Bernardo abraza y besa á sus hijos.—La reina y Cardona cubren de besos sus manos.*)

LA REINA,

LEONOR,

CARDONA Y

OSONA.

BERNARDO.

} Adios!..

Adios!..

(*El rumor se ha ido aumentando.—En el momento de desaparecer el último fugitivo, entra Garcí-Lopez seguido de varios arqueros y el verdugo.*)

BERNARDO. (*A Garcí-Lopez.*) Inquieto os aguardaba...
Tardásteis en volver mas de una hora!..

ESCENA ULTIMA.

DON BERNARDO.—GARCÍ-LOPEZ, etc., etc.

GARCÍ-LOP. (*Adelantándose con solemne y triste ademán.*)

Oid!..—«Los barones y letrados reunidos en el
«consejo presidido por el muy alto y muy podero-
«so príncipe, el señor duque de Girona; para en-
«tender en la causa formada á don Bernardo de
«Cabrera sobre varios delitos de lesa-magestad:
«oidos los descargos del reo, y conforme á las
«leyes y prácticas del reino; vienen en condenar
«y condenan al dicho don Bernardo á ser decapi-
«tado públicamente.—Cuya sentencia deberá eje-
«cutarse hoy viernes dia 26 de julio de 1364 á la
«hora de tercia, en el mercado de esta ciudad de
«Zaragoza, y delante de la puerta de Toledo.»

BERNARDO. Sin mi defensa escuchar

Me condena su rencor

á morir como un traidor!..

Mas Dios es justo: expiar

debo yo, Urrea infeliz

tu muerte acaso indebida:

caro es pagar con la vida

uno, tan solo un deslíz!..

Dios que vé mi corazón,

sabe si al rey deserví,

y si otro norte seguí

que el brillo y pró de Aragon!

Mas deparóme el destino

mil traidoras asechanzas...

(*A Garcí-Lopez.*) No olvideis estas mudanzas,

vos, que aun vais por el camino!..

GARCÍ-LOP. (*Conmovido.*) Harto me pesa, señor,

Dios lo sabe, este deber,

cuando triste llego á ver

por tierra tanto valor!..

BERNARDO. Vos, Garcí-Lopez de Luna,

no teneis la culpa, á fé;

culpa acaso solo fue

de mi contraria fortuna!

—Mas vamos tarde á llegar,
señor alguacil mayor;
que tengo poco vigor
y ya la tercia va á dar...

(Al verdugo que ha ido acercándose poco á poco.)

Préstame tu brazo fuerte,
solo yo, no puedo andar...
pésame no caminar
con mejor rostro á la muerte!..

(A Garci-Lopez.)

—Y vos, que sabeis cumplir
con valentia un deber,
venid, si quereis saber
como se debe morir!..

(Los soldados rodean á don Bernardo y cae el telon.)

FIN DEL DRAMA.



PUNTOS DE SUSCRICION Y VENTA.

—

**Madrid: librerías de Cuesta, Rios, Matute
y Publicidad.**

—

PROVINCIAS.

<i>Albacete.</i>	Cuartero.	<i>Lorca.</i>	Delgado.
<i>Alcoy.</i>	Martí é hijos.	<i>Logroño.</i>	Ruiz.
<i>Algeciras.</i>	Monet.	<i>Málaga.</i>	Medina.
<i>Alicante.</i>	Ibarra.	<i>Murcia.</i>	Andrion.
<i>Almeria.</i>	Vergara y Compañía.	<i>Orense.</i>	Nóvoa.
<i>Aranjuez.</i>	Sainz.	<i>Oviedo.</i>	Sanz.
<i>Avila.</i>	Gayoso.	<i>Osuna.</i>	Montero.
<i>Badajoz.</i>	V. de Carrillo	<i>Palencia.</i>	Brizuela.
<i>Barcelona.</i>	Sauri.	<i>Palma.</i>	Rullan-Hermanos.
<i>Benavente.</i>	Blanco.	<i>Pamplona.</i>	Imprenta de la Ilustracion.
<i>Bilbao.</i>	Velaseo.	<i>Pontevedra.</i>	Andrade.
<i>Burgos.</i>	Calle.	<i>Puerto de Santa Maria.</i>	Valderrama.
<i>Cáceres.</i>	Gallardo.	<i>S. Fernando.</i>	Meneses.
<i>Cádiz.</i>	Moraleda.	<i>Sta. Cruz de Tenerife.</i>	Bonnet.
<i>Córdoba.</i>	L. de la Torre.	<i>Santander.</i>	Riesgo.
<i>Cuenca.</i>	Mariana.	<i>Santiago.</i>	Sanchez y Rúa.
<i>Castellon,</i>	G. Otero.	<i>Soria.</i>	Rioja.
<i>Ciudad Real.</i>	Gonzalez.	<i>Segovia.</i>	Alejandro.
<i>Coruña.</i>	Perez.	<i>S. Sebastian.</i>	Baroja
<i>Ferrol.</i>	Tajonera.	<i>Sevilla.</i>	Fee.
<i>Gerona.</i>	Palahi.	<i>Salamanca.</i>	Torres.
<i>Gijon.</i>	Abreu.	<i>Tarragona.</i>	Puygrubi.
<i>Granada.</i>	Zamora.	<i>Toledo.</i>	Hernandez.
<i>Guadalajara.</i>	Marchs.	<i>Teruel.</i>	Perez.
<i>Huelva.</i>	M. Lopez.	<i>Ubeda.</i>	Gorritz.
<i>Huesca.</i>	Martinez.	<i>Valencia.</i>	M. Garin.
<i>Jaen.</i>	S S. Sagristá y Compañía.	<i>Valladolid.</i>	Rodriguez.
<i>Játiva.</i>	Bellver.	<i>Vitoria.</i>	Ormilugue.
<i>Jerez.</i>	Bueno.	<i>Zamora.</i>	Pimentel.
<i>Leon.</i>	Redondo.	<i>Zaragoza.</i>	Gallifa.
<i>Lérida.</i>	Sol.		
<i>Lugo.</i>	Pujol y Masia.		